

NATURAREN AHOTSA

La Voz de la Naturaleza

DESDE 1992 / AÑO 30 / NÚMERO: 205

EKAINA-JUNIO / ESPECIAL MEDIO AMBIENTE- 2021

3 euros

B
Bilbao

**VITORIA
GASTEIZ**
green capital

**EUSKO JAURLARITZA
GOBIERNO VASCO**
ENCUENTRO CON EL MEDIO AMBIENTE
CONSEJO REGULADOR DEL MEDIO AMBIENTE
Y ENERGÍA

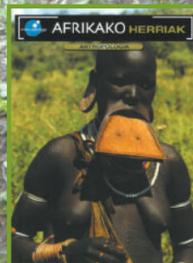
araba **álava**
foru aldundia diputación foral

Bizkaia
foru aldundia
diputación foral

Descárgala en: www.adeve.es
o en www.euskomedia.org/adeve

LOS DINKAS
LOS CANURIS
LOS NAMBAS

LOS MANDINKAS
LOS OTOVALOS
LOS BANYROS
LOS ACHOLIS
LOS CAMPAS
LOS ANUAK



AFRIKAKO HERRIAK CON EL
NUMERO ESPECIAL SE ADJUNTA
ESTE LIBRO DE REGALO

UNA MIRADA A LOS PUEBLOS DEL MUNDO

ESPECIES EXÓTICAS INVASORAS-ESPEZIE EXOTIKO INBADITZAILEAK

¡EVITA SU INTRODUCCIÓN! - HORIEN SARTZEA EKIDIN!



araba álava
foru aldundia diputación foral

LA EXPANSIÓN DE ESPECIES EXÓTICAS INVASORAS SON UN PELIGRO PARA LA BIODIVERSIDAD ¡EVITA SU INTRODUCCIÓN!

NATURAREN AHOTSA
La Voz de la Naturaleza



ÓRGANO DE EXPRESIÓN DE LA ASOCIACIÓN PARA LA DEFENSA DE LAS ESPECIES EN VÍAS DE EXTINCIÓN: A.D.E.V.E.

IRAUNGITZEKO ZORIAN DAUDEN ESPEZIEAK DEFENDATZEKO ELKARTEA



Asociación declarada de Utilidad Pública según Decreto del Gobierno Vasco 3/1996, de 9 de enero (BOPV 7-2-1996)

EDITORIAL

Este año el número especial de junio, que editamos con motivo del Día Mundial del Medio Ambiente, quiere rendir un sincero y sentido homenaje a los pueblos tradicionales e indígenas del mundo, verdaderos guardianes de la naturaleza, que han sabido vivir y mantener una estrecha relación de armonía con ella. La observación de la naturaleza y de los animales los ha conducido a grandes descubrimientos ya que emplean una medicina basada en el conocimiento de las plantas curativas y tienen un trato cordial con los animales, que son sus aliados. Para los indígenas, la tierra es la fuente de la vida, es un regalo del creador que nutre, sustenta y enseña. 'La madre Tierra' es el centro del universo, el corazón de su cultura y el origen de su identidad como pueblo. Por ello consideran que se debe vivir en armonía con ella y encontrar un equilibrio que sirva a las generaciones actuales y futuras. Los miembros de todos estos pueblos tradicionales e indígenas poseen el 80% de la biodiversidad del mundo. Al hacer una gestión sostenible, protegen y conservan la diversidad biológica, uno de los aspectos esenciales para la seguridad alimentaria, la nutrición y el desarrollo. Además, tratan al medio ambiente con inmenso respeto, cuidan y estiman a sus ancianos, al mismo tiempo que dedican tiempo a sus hijos. En medio de sus dificultades, que son muchas y muy grandes, no pierden el buen humor. Sus vidas están llenas de rituales, danzas, conjuros y juegos. Estos pueblos tienen la responsabilidad histórica de mantener la "vida", es decir, los recursos genéticos, proteger sus territorios y mantener la biodiversidad sin cambiar sus prácticas culturales. Son los protectores de la naturaleza. La necesitan para vivir y, en consecuencia, la cuidan como parte de ellos mismos porque se sienten conectados con ella y se consideran parte del sistema en el que viven. Mediante la protección de los recursos naturales, como los bosques y ríos, muchas comunidades indígenas ayudan a mitigar también los efectos del cambio climático, porque para ellos el territorio es esencialmente un espacio social y cultural, portador de significados que va más allá de la propiedad material de la tierra. Sin embargo los pueblos "civilizados", que conforman las naciones del mundo, menosprecia a los indígenas y a su valiosa filosofía de vida conservacionista. Su antagónica concepción del mundo, basada en la acumulación enfermiza de riqueza, los ha llevado a la emprender una auténtica cruzada en favor de la destrucción de la naturaleza explotando insosteniblemente los recursos naturales. En menos de un siglo han puesto en peligro la supervivencia de toda la humanidad. El cambio climático y la pandemia son incontestables evidencias de ello. Sin duda es el momento de mirar a estos pueblos para salir de la espantosa encrucijada en la que hoy nos encontramos.

Fernando Pedro Pérez
(Director)

La edición digital de Naturaren Ahotsa se difunde en internet a través de la pagina web: www.adeve.es de libre descarga

SUMARIO

DESDE 1992 - Nº: 205 EKAINA/JUNIO-ESPECIAL MEDIO AMBIENTE-2021 - 3€

PUEBLOS INDÍGENAS DEL MUNDO

ÁFRICA Y OCEANÍA

Los Anuak (Etiopía).....	4
Los Furs (Sudán).....	6
Los Dinkas (Sudán).....	8
Los Beyas (Sudán y Etiopía).....	10
Los Nambas (Nuevas Hébridas).....	12
Los Kababish (Sudán).....	14
Los Canuris (Nigeria).....	16
Los Dagombas (Ghana).....	18
Los Saharahuis (África occidental).....	20



Los Acholis (Uganda).....	22
Los Banyros (Uganda).....	24
Los Mandinkas (Malí, Sebnegal, Guinea).....	26



SUDAMÉRICA

Los Nambicuarás (Brasil).....	28
-------------------------------	----



Los Moruchos (Perú).....	30
Los Campas (Perú).....	32
Los Motilonos (Colombia y Venezuela).....	34
Los Otovalos (Ecuador).....	36



ÁFRICA SEPTENTRIONAL

Bereberes (África septentrional).....	38
---------------------------------------	----



DIRECTOR: Fernando Pedro Pérez.
SUBDIRECTORA: Jon Duñabeitia.
REDACTORES JEFES: Kepa Berasategi y Andoni Huegun.
REDACTORES: Xabier Agirre, Gorka Ozerinjauregi, Iñaki Bereciartua, Julen Elgeta Sasiain, Aitor Átxa, Xabier Maidagan, Oscar Azkona, Begoña Iparragirre, Aitor Zarandona, Jon Murua, Nekane Beitia.
FOTOGRAFÍA: Ana Iza, Nekane Arruti, Izaskun Zubia.
DISEÑO GRÁFICO: Cristina Urionabarrenetxea.
DEPÓSITO LEGAL: SS-608/99 ISSN: 1696-6309
Web: W.W.W. adeve.es. EDITA: ADEVE

NATURAREN AHOTSA
La Voz de la Naturaleza

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN EN BILBAO:
Av. Madariaga, nº. 47- 6º C - Esc. 1 - 48014 BILBAO.
Tno: (94) 4 75 28 83. TIRADA: 2.000 ejemplares

DELEGACIÓN EN DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN:
C/ Catalina de Erauso, 16-3º A - 20010 DONOSTIA
Tfno.: - 943 458610 -
e-mail: adeve.1991@gmail.com

Hace seis milenios el Sahara iba perdiendo su relativa fertilidad de entonces, para transformarse en el desierto que hoy conocemos. Los negros, que desde su aparición en aquellos parajes durante el Pleistoceno habían desarrollado la agricultura, se vieron obligados a desplazarse lentamente hacia el sur. Entre los que tomaron un rumbo sudoriental, arribando a los tramos superiores del Nilo, se encontraban los antepasados de los anuak.

Actualmente los miembros de esta etnia habitan a caballo de la frontera etíope-sudanesa, en una zona relegada por varios ríos que, abandonando las colinas etíopes, se internan en las llanuras inmediatas al Nilo Blanco. Su mayor unidad política es la aldea, si bien en ciertas regiones accidentadas algunos nobles han ejercido un dominio transitorio sobre varios poblados de los alrededores. Las aldeas de las llanuras, autónomas y a menudo víctimas de frecuentes incursiones, cuentan con fosos defensivos y terraplenes coronados por empalizadas. Las viviendas, de planta circular, se rematan con techumbres cónicas de paja.

Por razones de conveniencia e incluso seguridad, todos los sembrados se encuentran en las inmediaciones de los núcleos habitados. Entre los cultivos que constituyen la dieta alimenticia de los anuak, típicos del llamado "complejo agrícola sudanés", destacan el sorgo, el mijo, la calabaza y el sésamo. También cultivan plantas traídas de fuera como el haba gruesa y la cebada, procedentes de regiones nilóticas más septentrionales, y el "teff", diminuto grano originario de Etiopía. Menor importancia reviste el cultivo de pepinos, caña de azúcar, maíz, cacahuetes, pimientos y tabaco.

Esta base dietética se complementa en cierta medida con los productos de la caza y la pesca fluvial, más el considerable aporte proteínico que suponen los ovinos y diversos tipos de aves, cuya cría es muy corriente entre estas gentes. En los pastizales del Oeste se crían bovinos, presa codiciada en otros tiempos por los nuer, protagonistas de numerosas incursiones. Esta actividad ganadera resulta imposible en las zonas orientales del territorio, más elevadas y próximas a las boscosas colinas etíopes, infestadas por la mosca tsé-tsé. Pero los anuak no utilizan los bovinos de la misma manera que sus vecinos nilóticos. Jamás beben, por

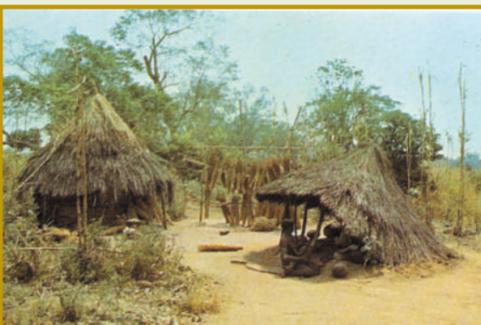
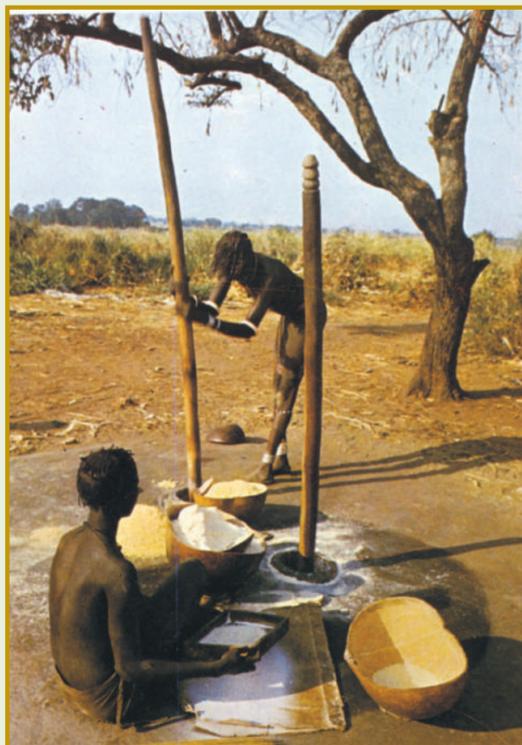


LOS ANUAK (SUDÁN Y ETIOPÍA)

Los anuak son un pueblo tradicional africano que habita a caballo entre la frontera etíope-sudanesa, en las llanuras cercanas al Nilo Blanco. Viven de la agricultura y la ganadería, así como de la caza y de la pesca fluvial y sus viviendas circulares se rematan con techumbres cónicas de paja.

ejemplo, la sangre de sus reses y aunque sacrifican alguna en ocasiones de relevancia, el principal propósito de su cría es la obtención de leche y sus derivados. Este sistema de producción hace que cada poblado pueda abastecerse a sí mismo, y ser por tanto independiente de las restantes aldeas.

El gobierno de los poblados enclavados en el llano corre a cargo de un cacique, mientras que en los de las zonas montañosas esta en función se reserva a las familias aristocráticas. Los aldeanos muestran hacia el cacique -miembro siempre del linaje dominante- un gran respeto, postrándose ante él al dirigirle la palabra e incluso cuando se lo encuentran por el camino. El cacique, depositario de los tambores del poblado, se aloja en una choza frente a la que se alzan varios postes de madera tallada, ahorquillados a modo de cuernos, distintivos de su rango. Reverencias, postes y tambores no pueden ocultar la realidad del escaso poder efectivo del cacique, obligado a subvencionar su prestigio entre los aldeanos con incesantes esfuerzos por conservar su popularidad. Así, debe agasajar a sus gentes, sacrificar un ares -sin olvidar la imprescindible cerveza- si pretende que cualquier forastero



de categoría se pase por su choza para discutir algún negocio. De ahí que sólo los ricos puedan permitirse el cargo de caciques.

Otra consecuencia inevitable de la gestión del cacique, cuyas decisiones favorecen a unos y perjudican a otros, es que tarde o temprano tropezará con la oposición del sector descontento. Por lo tanto, no sólo se irá empobreciendo, sino que además se hará con un número creciente de enemigos. En cuando éstos constituyan el grupo mayoritario, se verá forzado a abandonar la aldea.

El derrocamiento se efectúa mediante el "agem" o proceso revolucionario institucionalizado. Con el patrocinio de un aspirante "legítimo" -es decir, hijo de un cacique, actual o pretérito-, el complot progresa con el lógico secreto, únicamente compartido por el grupo desafecto. En caso de darse un equilibrio de fuerzas entre partidarios y detractores del cacique, puede estallar un conflicto de cierta envergadura; pero si la mayoría apoya el derrocamiento, la transición será totalmente pacífica. Los aldeanos se limitarán a ocupar el recinto al amanecer, y en ese momento el desposeído, recogerá parte de sus pertenencias y algunos víveres y, seguido de sus esposas, emprenderá el camino del exilio. Sus chozas, sembrados y reservas de grano pasan a manos de su pariente y sucesor. Confiando en un retorno más o menos próximo, el exiliado seguirá con interés el curso de los acontecimientos en su aldea de origen.

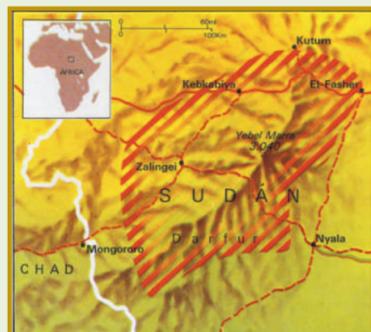
En las regiones arboladas del este y sudeste prevalece un sistema muy distinto. En esos poblados el "cacique" es un noble, miembro, por definición, del clan aristocrático. No obstante, y a fin de obtener el público reconocimiento de su nobleza, deberá ser investido de los atributos de su rango, recibiendo varios emblemas regios entre los que figuran cinco collares, un par de cascabeles y un juego de lanzas. Al igual que en las aldeas del llano, sólo pueden acceder a esta dignidad los hijos de un noble investido, y cuando un aristócrata no obtiene el reconocimiento público de su nobleza, priva de tal derecho a sus descendientes, que pasarán a ser "waton", es decir, desheredados.

Estos nobles regios, tratados con menos deferencia que los caciques del llano, ejercen en cambio un poder bastante más efectivo. Raramente se les desposeerá de su cargo, pues controlan un sistema de milicias que hace de todo joven un guardia personal de su jefe inmediato, quien a su vez es cortesano del noble. Titular asimismo de otros cargos, puede decirse que la situación del monarca es relativamente estable. Probablemente la monarquía anuak es muy antigua, pues se parece mucho



a la dignidad del "reth" entre los shilluks (cuyo lenguaje es el más semejante al hablado por los anuak) y muestra peculiaridades que nos recuerdan al Antiguo Egipto.





Darfur, nombre que significa "país de los furs" es la provincia más occidental de la República del Sudán. Dominada por la masa volcánica del Yebel Marra, esta zona se ha diferenciado siempre del resto del país en lo geográfico y en lo étnico. Hasta la primera Guerra Mundial, con una sola interrupción de 24 años en el último cuarto del siglo XIX, Darfur había sido un reino independiente. Su tamaño estuvo en todo momento en consonancia con las fortunas de la guerra, pero durante mucho tiempo fue una poderosa unidad política y militar que se impuso a numerosos estados vecinos. Durante los 300 años anteriores a la conquista británica y su incorporación al Sudán angloegipcio, Darfur estuvo bajo el dominio de los sultanes furs.

La mayor parte de Darfur es bastante llana. Por el norte se interna en el Saharam donde aparece la extensa región formada por el "qoz", arena traída por el viento desde el desierto de Libia, y que aquí se estabiliza con un leve manto de hierba y algunas acacias. En el "qoz" las lluvias bastan para sostener una agricultura itinerante, pero no para proveer las necesidades de poblaciones muy densas. Por lo tanto, los cultivos han estado siempre sometidos al riesgo de incursiones organizadas por los furs, que descendiendo desde el Yebel Marra han impuesto a menudo su tributo a los pueblos de la región.

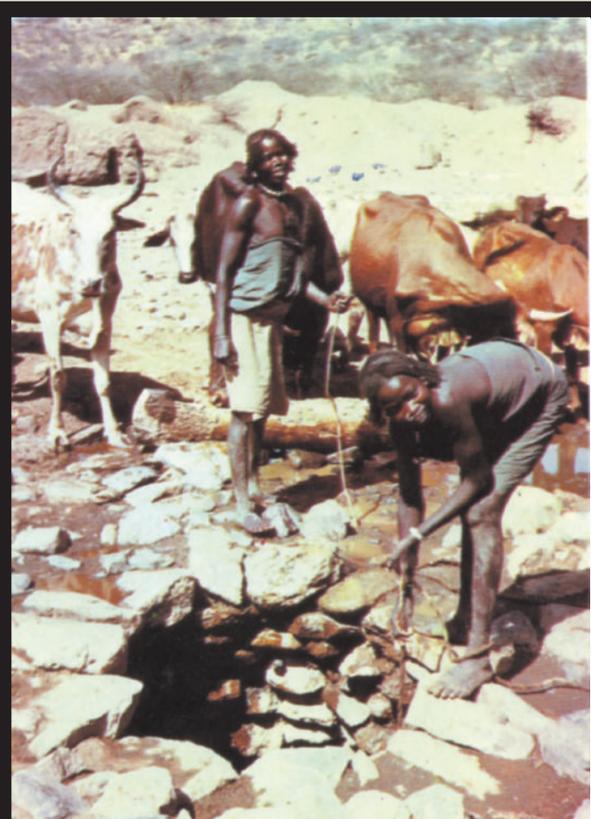
Las incursiones entre los furs y baggaras han desaparecido para dar paso a un comercio pacífico, efectuado en mercados como el de Nyala.

Esta región está habitada por los tamas y quimr al norte, los masalit en el centro y los dajos en el sur. Todos estos pueblos cuentan con sus propios sultanes y han cumplido tradicionalmente un papel de estados-tapón entre los poderosos reinos de Darfur y Wadai (en el vecino Chad), ambos empeñados en imponerles tributos a cambio de protección contra el enemigo.

Esta compleja relación de dominio político-militar es la que ha justificado el nombre de la provincia, aunque la tierra ocupada por los furs se limita prácticamente a su "corazón" montañoso.

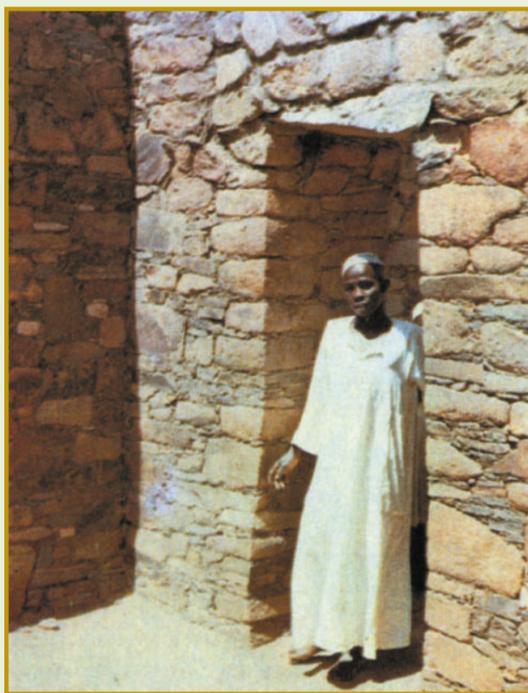
Las viviendas de los furs suelen tener planta circular y techumbres de paja o hierbas, aunque lejos de la montaña, en las ciudades, empiezan a abundar los edificios rectangulares con tejados de chapa acanalada.

Los furs emplean varias técnicas de cultivo, según las disponibilidades de aguas. En la mayoría de las terrazas las cosechas prosperan con las escasas precipitaciones de primavera (abril o mayo), pero dependen sobre



LOS FURS

Los furs son un pueblo tradicional y musulmán sudanés, dedicado a la agricultura y a la ganadería. Acordes con su religión, los hombres pueden tener hasta cuatro esposas si cuentan con medios para mantenerlas.



todo de las lluvias estivales, que se producen entre finales de junio o julio y septiembre u octubre. En algunas comarcas los índices pluviométricos alcanzan hasta 1000 mm, aunque la media es de 810 mm.

Mijo, principal cosecha

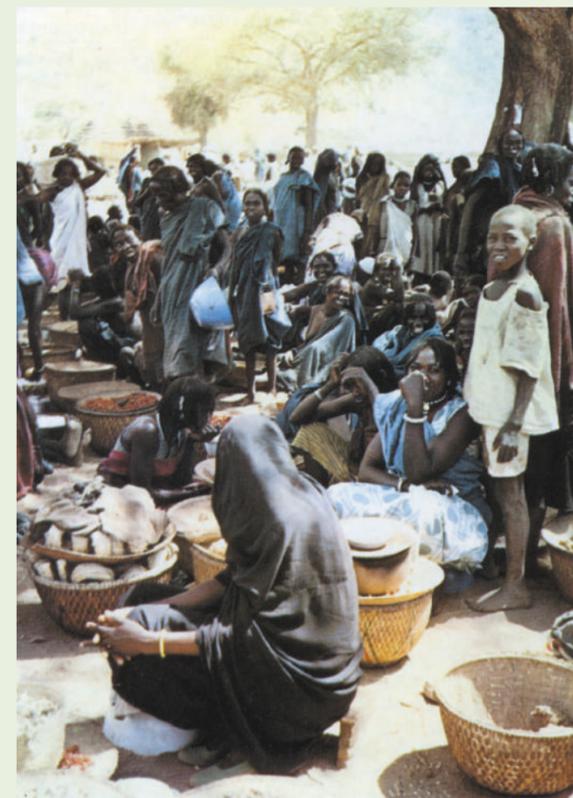
La principal cosecha es el mijo, que también se produce en las zonas más bajas y llanas, si bien con menor rendimiento por su excesiva humedad. Las alternativas son el sorgo y el trigo, aunque tienen menos importancia porque gran parte de la vida social se centra en la cerveza, y ésta sólo se fabrica con el mijo. En las parcelas menores de la montaña, así como dentro y alrededor de los recintos habitados, los furs cultivan tomates y algunas patatas. Los terrenos aluviales más densos, situados en las faldas de la montaña, se utilizan durante las lluvias para la producción de eneldo, ají, patatas y sésamo, cuyo aceite se extrae para el consumo propio o con destino a la venta. En invierno, con la falta de lluvia, es preciso recurrir a las corrientes que durante todo el año descienden de la montaña, para irrigar las terrazas próximas a sus faldas.

Son importantes las cosechas de cebollas, ajos y trigo, aunque en los últimos años una creciente cantidad de esta tierra irrigada se ha transformado en huertas de mangos y papayas para el consumo local, y de cítricos que se exportan por ferrocarril hacia el Sudán oriental. Como ocurre con muchos pueblos cuya economía es de subsistencia, basada en el trabajo manual y en una tecnología limitada -el empleo de la azada, en el caso de los furs-, son escasas las posibilidades de amasar capitales con los que aumentar la producción. Una manera de lograrlo, o por lo menos de acumular riqueza, es la adquisición de vacunos. Los furs venden gramíneas, verduras o frutas para comprar reses jóvenes a los baggaras, quienes mediante pago en dinero o en especie siguen cuidándolas por cuenta de sus nuevos propietarios. Si estos animales se crían en la montaña o cerca de ésta, proporcionan también leche a los furs, que utilizan las boñigas para fertilizar los campos. Esta última ventaja es especialmente útil en el caso de los cultivos irrigados que se emplean continuamente, y puede prolongar la fertilidad. Entre períodos de barbecho, en los campos de las cotas más altas. El animal más corriente es el asno, que satisface casi todas las necesidades del transporte dada la escasez de carre-

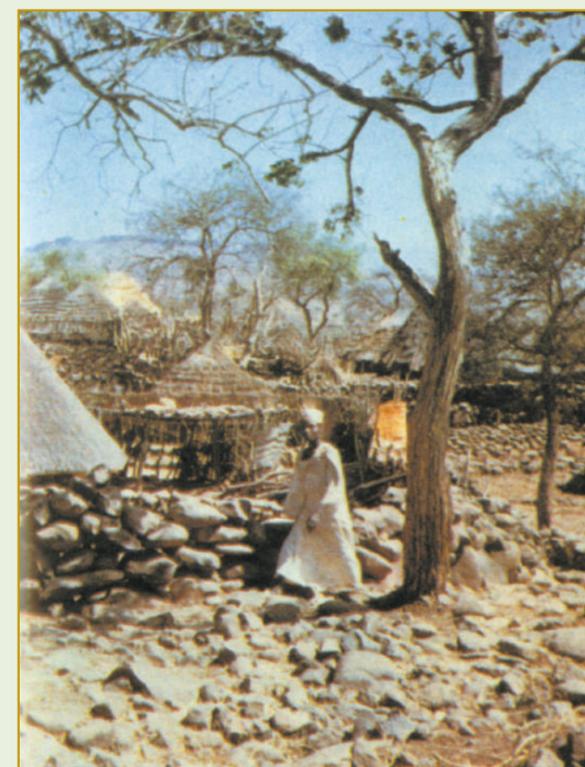
teras. De vez en cuando se ven también camellos, sobre todo en el norte. Gallinas, palomas, cabras y ovejas se crían más que nada por su carne. Los caballos quedan reservados para los ricos y los titulares de cargos administrativos, como por ejemplo los jefes de poblado. Los principales ingredientes de la dieta fur son vegetales. El alimento básico, la asida o num (gachas de mijo), se consume dos veces al día acompañado de una salsa caliente, generalmente hecha con verduras, aunque en ocasiones especiales se le añade algo de carne. La cerveza de mijo proporciona una considerable cantidad de nutrición adicional. Los guisos y la fabricación de la cerveza con cosa de las mujeres; pero si éstas preparan comida para sus maridos y los amigos de éstos, utilizan las reservas del varón. Su despensa sólo es para ellas y sus pequeños. Esto pone de relieve una característica de la economía fur: cada individuo constituye una unidad económica independiente. El marido entregará a su esposa cierta cantidad de dinero con que adquirir sal, utensilios hogareños y prendas para ella y los niños. Antigüamente cada familia tejea su propia tela, y eran los varones quienes se encargaban de este trabajo. Los maridos colaboraban en las tareas más pesadas, como la reparación de terrazas y el transporte del estiércol, de igual modo que las esposas les fabrican la cerveza. Sin embargo, cada cónyuge tiene sus campos y sus graneros, y ambos disponen libremente de sus reservas. Las comidas familiares se hacen también por separado; las mujeres y los niños en el recinto, y los hombres en el daran o comedor comunal, donde se comparte el alimento aportado por todos los comensales. Un sistema similar rige el trabajo en los campos. Cuando un hombre necesita ayuda, sus parientes y amigos acuden a echarle una mano. El beneficiario debe "pagar" con cerveza para todos, y el trabajo continúa mientras dure la bebida. La productividad suele ser inversamente proporcional al tamaño del grupo colaborador, pues si éste es muy numeroso habrá que distribuir mucha cerveza, y la ocasión puede acabar fácilmente en una fiesta. El hombre prudente ofrece bebida con suficiente rapidez para que no se le vaya nadie, pero con la necesaria parsimonia para que el trabajo prosiga. Es ésta una forma eficaz de cooperación, pues los grupos participan en las faenas de toda la aldea. Para la construcción de viviendas se utiliza el mismo sistema, con la salvedad de que los participantes no sólo contribuyen con su esfuerzo, sino también con materiales como madera y hierba para la techumbre. Quien no aporte estos elementos puede unirse igualmente al grupo y degustar la cerveza, pero debe pagar una compensación monetaria al dueño de la futura casa. En consecuencia, los fur distinguen dos esferas de actividad económica: una afecta a la producción del mijo, parcialmente utilizado para la fabricación de cerveza, necesaria para "pagar" el trabajo de los vecinos y festejar bodas y otros acontecimientos. El trabajo a su vez, produce mijo. La otra esfera económica es el dinero: marido y mujer pueden vender su producción cobrándola en metálico, pero en cambio no se considera aceptable vender mijo, trabajo o cerveza. De este modo,

ambas zonas permanecen separadas. El dinero es el medio de pago utilizado en los mercados que se celebran cada semana en toda la montaña, y diariamente en ciudades mayores como El-Fasher y en Zalingei, Nyala y Kutum. Con lo que obtienen por la venta de cebollas, tomates, trigo y frutas, los campesinos adquieren sal, té, azúcar, zapatos de plástico, espejos, utensilios y herramientas de metal, telas, carne y pequeñas manufacturas. Las reses vacunas se compran cuando tienen uno o dos años, para venderlas tres o cuatro años más tarde fuera de la región montañosa. Aunque todavía se conservan muchas costumbres preislámicas, todos los furs son hoy musulmanes. Los hombres pueden tener hasta cuatro esposas si cuentan con medios para mantenerlas. Según un estudio sobre la poligamia de este pueblo, el promedio es de dos esposas por marido. La descendencia y los patrimonios se transmiten por vía masculina, aunque es difícil encontrar grandes linajes que vivan o trabajen en un solo grupo. Esto se debe a que las casadas suelen permanecer en su aldea natal. Si el hombre sólo tiene una esposa, se traslada a la de ésta; si posee varias, las visitará periódicamente en sus respectivas poblaciones, a fin de que los

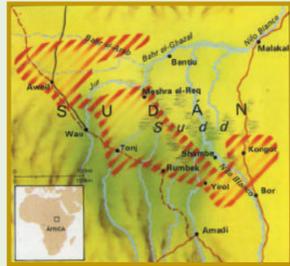
hijos nazcan y se críen en la aldea de su madre. Otras veces la familia recorre durante el año varias localidades, residiendo en las zonas altas en verano y en las bajas en invierno. Las aldeas suelen tener entre 5 y 6 casas. Las más pequeñas constan de la vivienda de una pareja ya anciana, más las de sus hijas, yernos y nietos. Para las poblaciones mayores hace falta contar con un buen suministro de agua, el daran o "comedor comunal" y un mercado. El poder político en la aldea acostumbra a ser hereditario. Normalmente el darabantu, funcionario administrativo de rango menor, debe su cargo al jefe de un linaje establecido de antiguo en la población. Responde ante él del cobro de unos impuestos que pagan varios hombres sometidos a su autoridad. Sin embargo, la vinculación de éstos no es permanente, de modo que si un individuo se disgusta con su darabantu puede someterse a otro, tal vez optando por su propio padre y rechazando al suegro. El sheikh o jeque ostenta el cargo con carácter vitalicio, tras ser elegido por los aldeanos entre los varones de un linaje. El nombramiento de los jefes de distrito, los omdas y los shartais, corresponde a los Consejos Rurales, aunque éstos deben seleccionar a personas de unas cuentas familias determinadas. Estos jefes suelen tener varias esposas, por lo cual siempre se puede encontrar un buen sucesor entre sus numerosos hijos. Los furs tienen muy en cuenta las particularidades de su identidad y aunque son musulmanes e incluso pueden vanagloriarse de su origen árabe, siempre ponen de manifiesto sus diferencias con los árabes que dominan el país. Incluso cuando los sucesivos gobiernos militares han combatido la libre actividad de los partidos, la conciencia cultural y política de los furs ha seguido activa.



hijos nazcan y se críen en la aldea de su madre. Otras veces la familia recorre durante el año varias localidades, residiendo en las zonas altas en verano y en las bajas en invierno. Las aldeas suelen tener entre 5 y 6 casas. Las más pequeñas constan de la vivienda de una pareja ya anciana, más las de sus hijas, yernos y nietos. Para las poblaciones mayores hace falta contar con un buen suministro de agua, el daran o "comedor comunal" y un mercado. El poder político en la aldea acostumbra a ser hereditario. Normalmente el darabantu, funcionario administrativo de rango menor, debe su cargo al jefe de un linaje establecido de antiguo en la población. Responde ante él del cobro de unos impuestos que pagan varios hombres sometidos a su autoridad. Sin embargo, la vinculación de éstos no es permanente, de modo que si un individuo se disgusta con su darabantu puede someterse a otro, tal vez optando por su propio padre y rechazando al suegro. El sheikh o jeque ostenta el cargo con carácter vitalicio, tras ser elegido por los aldeanos entre los varones de un linaje. El nombramiento de los jefes de distrito, los omdas y los shartais, corresponde a los Consejos Rurales, aunque éstos deben seleccionar a personas de unas cuentas familias determinadas. Estos jefes suelen tener varias esposas, por lo cual siempre se puede encontrar un buen sucesor entre sus numerosos hijos. Los furs tienen muy en cuenta las particularidades de su identidad y aunque son musulmanes e incluso pueden vanagloriarse de su origen árabe, siempre ponen de manifiesto sus diferencias con los árabes que dominan el país. Incluso cuando los sucesivos gobiernos militares han combatido la libre actividad de los partidos, la conciencia cultural y política de los furs ha seguido activa.



Los dinkas son un pueblo sudanés de lengua nilótica que está dividido en 25 grupos que ocupan una extensión de unos 380.000 kilómetros cuadrados. Su cultura gira en torno al ganado y todavía hoy, en muchas circunstancias sociales, las reses son equiparadas a los seres humanos, y en consecuencia sirven para comprar una esposa.



Por la configuración geológica del país, los dinkas no dependen sólo de la agricultura ni de la ganadería sino de la combinación de las dos. La mayor parte de su región está formada por praderas llanas y estepas secas. A medida que el suelo desciende hacia el Nilo, aumentan los matorrales de papiro y los pantanos. Surcada por pequeños ríos y riachuelos que se desbordan en la estación de lluvias, esta zona es habitable sólo durante parte del año.

Las únicas tierras apropiadas para construir poblados permanentes son las situadas a una altura suficiente como para que no se inundan, pero no tanto que les falte el agua durante la estación seca. Por esta razón, aunque las mujeres y los ancianos se quedan en los poblados durante todo el año cuidando de los cultivos, los jóvenes nomadean por la región para aprovechar el agua y los pastos de las orillas de los ríos durante la estación seca, y regresan después a la sabana huyendo de las inundaciones y los mosquitos de la estación lluviosa.

El cuidado del ganado es la actividad más importante de los dinkas, tanto por razones económicas como por su significado social y religioso. Los dinkas ven un gran paralelismo entre sus vidas y las de los animales, a los que imitan en gestos y danzas. Ensalzando al animal se alaban a sí mismos; todo dinka toma el nombre por el que será conocido a partir de su iniciación del buey que se le regala ese día. El nombre suele ser una descripción concreta del color del animal, pero tanto él como los demás al llamarle hacen referencia a otros detalles precisos. La palabra kuac, por ejemplo, significa leopardo, y un toro manchado de una forma parecida se llamará ma kuac.

El extenso vocablo que tienen los dinkas para los colores lleva siempre implícita la referencia al ganado y a las diversas manchas o detalles que lo caracterizan. En las canciones dinkas se puede decir de un hombre que es rápido como un leopardo, si su buey se llama ma kuac. Un hombre es identificado



LOS DINKAS DE SUDÁN

con su buey para fines sociales, estéticos y físicos; pero en la guerra, peleas y otras ocasiones en que la virilidad es esencial, se le asocia con un toro no castrado, que representa mejor esta cualidad.

Los distintos grupos adoptan el nombre del campamento donde guardan el rebaño. Cuando se sacrifica un animal, los trozos se distribuyen entre los miembros del grupo en riguroso orden, estando determinadas partes del animal asignadas por derecho a grupos concretos. Por ejemplo, a los parientes maternos del dueño de la res le corresponde la pierna derecha del cuarto trasero. Pero los animales tienen también sus derechos después de los hombres y muy semejantes a los de éstos.

En muchas circunstancias sociales, las reses son equiparadas a los seres humanos, y en consecuencia sirven para comprar una esposa o satisfacer una compensación por un homicidio. Tienen personalidad propia, con su lugar en la genealogía y en la sociedad, y son un reflejo y un compendio de las relaciones sociales y de los cambios que se han dado en ellas a través de los tiempos. La posesión de ganado es vital y determina el puesto de una persona en la sociedad y su relación con los demás. No tener ganado supone verdaderamente ser un extraño. Los dinkas comparten a quienes poseen pocas o ninguna cabeza de ganado.

Para los dinkas, el año gira alrededor del ciclo de las lluvias, que dicta todos sus movimientos. En marzo o en abril llegan las primeras lluvias del año y para mayo ya son lo bastante regulares como para ablandar la tierra y poder plantar. Durante estos meses permanecen en los poblados para dedicarse a las labores del campo, mientras los rebaños pacen en los prados cercanos.

Con la llegada de las fuertes lluvias en junio y julio, las depresiones y las hondonadas de la región se llenan de agua y los ríos se salen de los cauces. Mientras los viejos se quedan en los poblados para cuidar los campos de labor, los jóvenes conducen los rebaños hacia las sabanas. Allí levantan campamentos que albergan a varias familias emparentadas entre sí, en cabañas construidas en forma de hongo sobre pilares de madera, donde los hombres y los animales más jóvenes se recogen para dormir. En octubre cesan las lluvias y algunos de los pastores regresan al poblado para ayudar en la recolección. Cuando la cosecha ya está recogida, el ganado regresa al pueblo y paca los tallos del mijo. Empiezan los preparativos para las próximas cosechas, y a medida que retroceden las aguas los dinkas pueden dedicarse a la pesca. Para ello echan al agua trampas en forma de cestos donde los peces pueden entrar pero no salir. También pescan con redes, lanzas y arpones especiales.

En otoño todo el mundo está en casa; es el momento de las fiestas y ceremonias. Se elabora cerveza y se ofrecen sacrificios religiosos, se celebran las ceremonias de iniciación y se conciertan los matrimonios. El amor de los dinkas por la poesía halla en esta estación su cauce popular: las canciones sobre batallas o sobre sus antepasados refuerzan la solidaridad y la lealtad de los grupos familiares. Para enero la hierba de los prados cercanos al poblado se ha secado y las inundaciones han remitido, dejando libres los pastos ribereños. Los pastores conducen entonces sus rebaños hacia allí y construyen cobijos provisionales hasta el momento de volver al poblado para sembrar, aprovechando las primeras lluvias de la primavera.

En la región que habitan los dinkas hay pocos materiales con los que construir casas permanentes, como piedras, hierro o árboles altos y rectos. Las posesiones duran menos que sus poseedores, por lo que no hay distinción



de rango basada en los bienes materiales. La sociedad dinka es igualitaria. En general cuanto posee un hombre es lo que ha hecho o ganado por sí mismo. Los azadones y lanzas lo mismo que los collares y abalorios los compran a los comerciantes y la tela y los zapatos se usan cada vez más. No obstante, para la mayoría de los dinkas la vida sigue centrada en los intereses tradicionales de su poblado y de su familia, y sobre todo en el ganado.

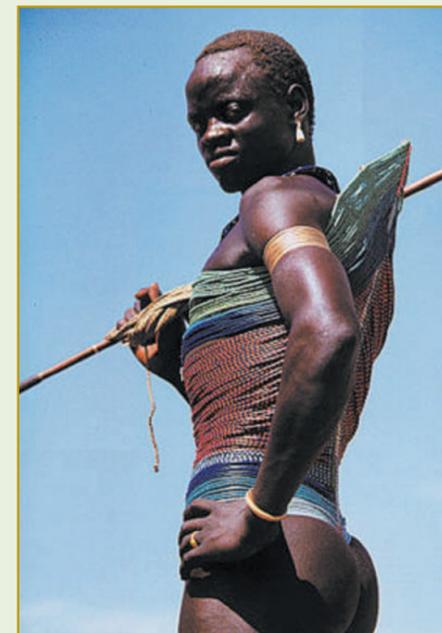
Por regla general, el poblado consta de dos o tres chozas circulares, de techo cónico de paja y paredes de ramas entretrejidas y recubiertas de barro. Cuando un hombre tiene más de una esposa, cada una de ellas tiene su propia choza y un muro de barro donde encender el fuego al abrigo del viento. Las cazuelas se apoyan sobre montones de barro y toda la cocina está protegida por un cobertizo que sirve al mismo tiempo para guardar los utensilios domésticos lejos del alcance de los niños y de los animales. Los enseres de la casa son pocos: pucheros de barro para cocinas, para elaborar la cerveza y guardar agua, además de algunas calabazas y cestas. Los dinkas poseen muy pocos efectos personales. Las mujeres tienen faldas de piel de cabra, algunas baratijas y pieles para dormir. El mobiliario es escaso:

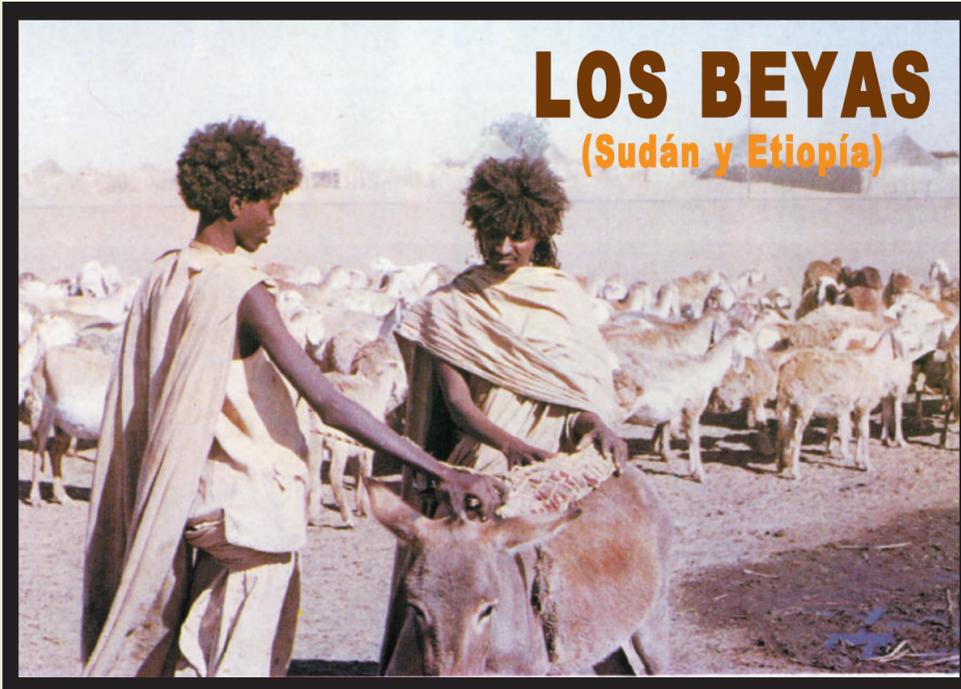
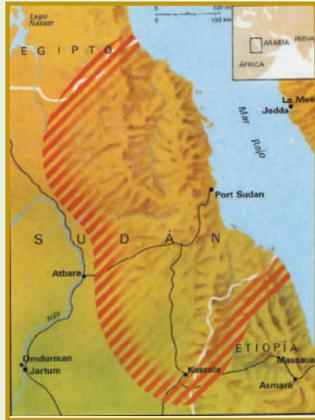
apoyos para la cabeza y algún taburete hecho con ramas en forma de horquilla; en ningún hogar falta el mortero de madera para moler grano. Las armas incluyen una variedad de lanzas y un escudo de madera de estilo muy antiguo. En cada asentamiento dinka hay un conjunto de tambores que fabrican y guardan los individuos, pero que se consideran de propiedad pública.

La comida básica de los dinkas son unas gachas espesas de harina de mijo, que toman con vegetales y especias o con leche. La leche constituye un ingrediente importante en su dieta; los jóvenes que cuidan de los rebaños lejos del pueblo se alimentan principalmente de leche agria y cuajada.

Como los dinkas sólo están en "casa" durante dos cortas temporadas al año (para la siembra y la recolección), y dada la importancia fundamental del ganado en su vida, se comprende que piensen y hablen de sus familiares en los términos utilizados en los campamentos de pastores. El más pequeño de estos campamentos es el de un solo hombre con sus hijos y su ganado. Varios de estos campamentos, unidos por vínculos familiares, de amistad o de asociación, forman los campamentos mayores y a su vez un grupo de éstos constituye una subtribu. Un grupo de subtribus forma a su vez una tribu, que puede abarcar de mil a treinta mil individuos y que se asocian en grandes grupos regionales distribuidos por todo el territorio dinka.

Dentro de estas comunidades numerosas hay diversos clanes, cada uno de ellos con un símbolo totémico distintivo, que suele representar a un animal.





LOS BEYAS (Sudán y Etiopía)

Los beyas son un pueblo tradicional africano que habita desde hace cuatro mil años en Sudán oriental. Se trata de un pueblo compuesto por numerosas tribus, que ha logrado superar la extrema dureza del medio físico en el que vive, de manera que su población ha aumentado considerablemente, aunque la mayor parte lleva una vida nómada.

A raíz de las campañas emprendidas por los británicos en Sudán, la fiera belicosidad de los beyas se hizo legendaria en todo occidente. Los guerreros de una tribu beya, la de los hadendovas, se distinguieron por su fanático apoyo a las fuerzas de Mahdí. Al mando de su emir Osmond Digna, rompieron el cuadro británico durante la batalla de Tofrek (1885) y trece años después supieron batirse con valor en Omdurman.

No fueron Kitchener y sus hombres los primeros invasores de Sudán oriental, región árida e inhóspita que, extendiéndose entre Egipto y Etiopía, ha sido morada de los beyas desde hace cuatro milenios. Los faraones hicieron explotar las pequeñas minas de oro de su parte septentrional, pero nunca lograron someter a las tribus nómadas.

Griegos y romanos establecieron también contacto con los beyas, si bien los primeros invasores que dejaron huella duradera en el país fueron los árabes, cuyo ejército inició la subida por el Nilo hasta la ciudad de Jartum. La gradual islamización de los beyas no siempre se correspondió con su grado de arabización, hasta el punto de que algunas tribus sólo hablan su propia lengua. En realidad, las fuerzas musulmanas no conquistaron el país, sino que se limitaron a fortificar algunas colonias, en especial las costeras.

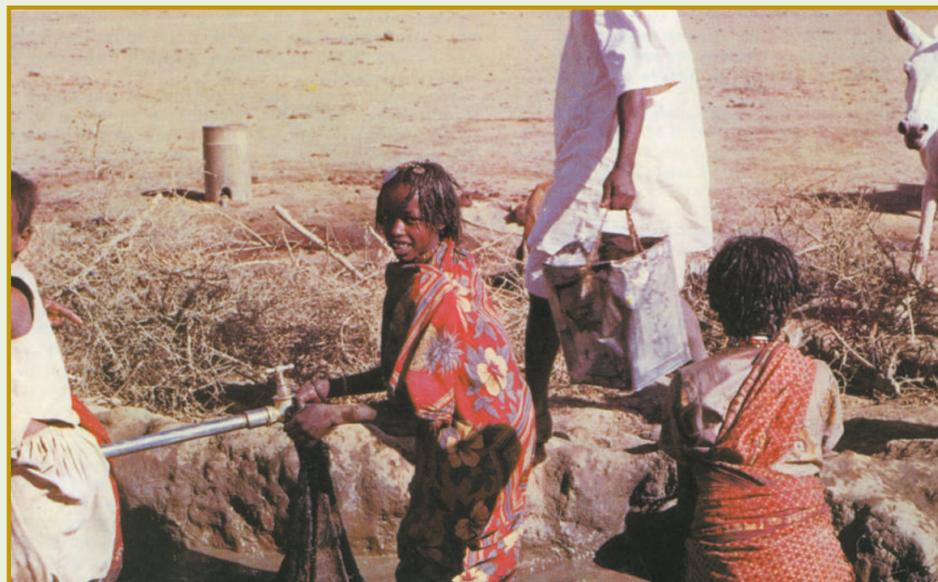
El idioma bedauí une a las tribus componentes del conglomerado beya (bicharin, hadendovas, amamar, ababde y beni-amer son las más importantes), aunque los beni-amer hablan el tigré semítico y muchos abab-

de el árabe. Celosos de su independencia, raramente se han reunido para constituir organismos sociales o militares. Valga como ejemplo la situación en las postimetrías del siglo XIX: mientras los hadendovas apoyaban al Mahdí, sus hermanos bicharin y amamar se pasaron al bando anglo-egipcio. Ni siquiera en el seno de las tribus existe cohesión o contacto entre las agrupaciones locales. Pocos grupos constan de más de dos familias, siendo éstas los entes sociales más importantes, sometidos al patriarcado.

Con una experiencia acumulada durante milenios, los beyas han acertado a superar la extrema dureza del medio físico y su población ha aumentado considerablemente, aunque la mayor parte lleva una vida nómada. Los periplos anuales de las pequeñas partidas no cubren grandes extensiones debido a la escasez de verdaderos pastos estacionales. La hierba sólo aparece fugazmente tras las lluvias esporádicas, e incluso en las zonas menos castigadas por la sequía, como los montes Atbar, las masas de vegetación resultan insuficientes y quedan muy alejadas entre sí. Las precipitaciones en estas comarcas "privilegiadas" nunca superan los 50 milímetros anuales.

La escasez de pastos impone un notable aislamiento de las familias, que se alojan en tiendas de estera y subsisten a base de leche y cereales, más el ocasional complemento de carne y azúcar. Según es habitual entre los nómadas de todo el mundo, también aquí han intervenido las autoridades, tratando de acomodarlos a un modo de vida sedentario. Algunos beyas han efectuado la transición con éxito, especialmente en las zonas menos áridas del sur, donde se obtienen aceptables cosechas de algodón y cereales.

Son numerosos los amamar sedentarios empleados en los muelles de Port Sudán, mientras sus hermanos



del interior, afincados en el valle del Atbara, se dedican a la cría de ovinos y bovinos para el aprovisionamiento de las poblaciones costeras. En general, los amamar se han adaptado mejor al sedentarismo que otras tribus beyas, conservando sus hábitos de pastoreo trashumante sólo en aquellas comarcas donde la pobreza del suelo no permite la agricultura.

Los hadendovas, la tribu más numerosa, cultivan algodón en los deltas del Gash y el Tokas. Muchos han optado por el sedentarismo y el resto sigue dedicándose al pastoreo trashumante, beneficiado por las mejores condiciones de estas comarcas meridionales. La otra gran tribu del sur, la de los nebiamer, reside actualmente en territorio etíope; en estas dos tribus se encuentran claras manifestaciones del matriarcado (la propiedad pasa a los hijos de las hermanas), a pesar del islamismo. Las tierras sureñas del territorio beya, inmediatas a la frontera de Etio-

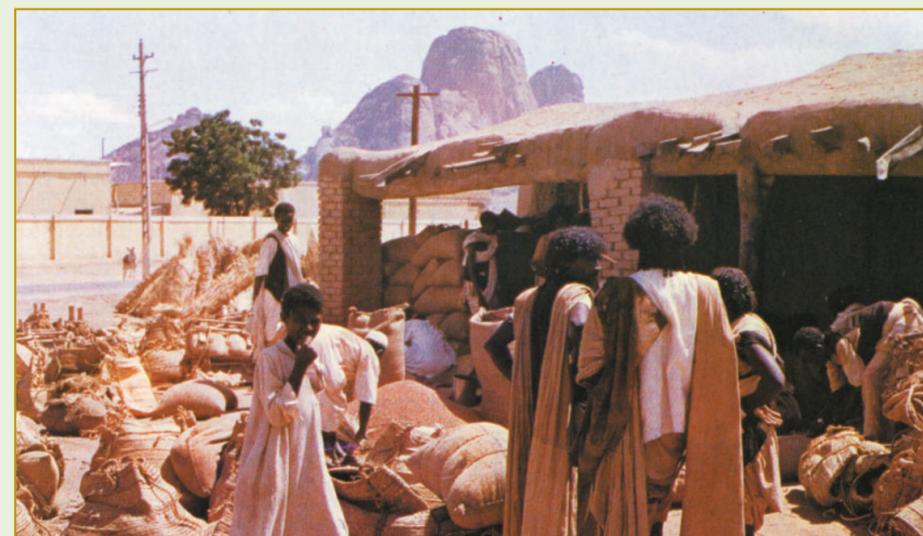


pía o ya dentro de esta nación, se parecen poco a las sedientas comarcas del norte. Crecidos por las lluvias invernales, los torrentes se precipitan sobre las colinas costeras y confieren al paisaje un verdor que dura varios meses. Es la época escogida por los hadendovas y beni-amer para acercarse con sus rebaños al litoral, aunque nunca han visto en las aguas del mar Rojo una posible fuente de aprovisionamiento. Sólo en tiempos de extrema penuria han llegado a comer pescado. Para ellos, el mar es un elemento hostil, el camino que ha traído a muchos ejércitos invasores.

Los bicharin son célebres jinetes y criadores de dromedarios. Las crónicas romanas del siglo III mencionan la habilidad de los beyas de Nubia, su admirable dominio

de las monturas y su importancia numérica. Muchos siglos después, en plena Edad media, algunos testigos presenciales aseguraron que los bicharin manejaban sus dromedarios en batalla como si fueran caballos. Estas virtudes no se han perdido. Hoy todavía puede verse a los bicharin exhibiendo sus facultades, cabalgando de pie sobre la giba de un dromedario lanzado al galope, o llevando una escudilla de leche sin derramar una sola gota. Los ejemplares más apreciados son los de raza ba nagir y kilwau, resistentes y rápidos, que se crían en comarcas muy localizadas.

Los británicos acabaron por imponer una forma de gobierno local y hoy los beyas dirigen sus asuntos bajo la supervisión de las autoridades nacionales. Aunque sus jefes han demostrado ser buenos administradores, la puesta en explotación de tan desolado país planea graves dificultades, incluso a los medios técnicos más modernos. Un obstáculo adicional es la barrera lingüística, origen de múltiples problemas a la hora de introducir innovaciones en el modo de vida nativo.



Los grandes nambas, que residen en el interior de la isla, fueron el único grupo neohbridense que abandonó la antropofagia ritual, práctica abolida hacia 1950 por las autoridades franco-británicas. La vida social masculina transcurre en la nakamal o choza de los hombres, donde éstos se congregan de noche para ingerir kava, bebida narcótica producida con la raíz de una planta llamada Piper methysticum.

Hasta hace poco la choza de los hombres era también escenario de actos homosexuales institucionalizados, siendo frecuente, por ejemplo, que un abuelo iniciara a su propio nieto en estas prácticas.

El alimento básico es el ñame, tubérculo que en ocasiones alcanza más de un metro de longitud y se cultiva en campos roturados mediante la tala y quema, para después rodearlos con una cerca que impide el paso a cerdos domésticos y silvestres. El plato tradicional, el "laplap", consiste en ñames rallados hasta formar una pasta, que envuelta en hojas se guisa sobre piedras calientes.

El cerdo es el único animal domesticado, y a los ejemplares más importantes y valiosos se les llama "colmillos". Para producir un "colmillo" hay que arrancarle los incisivos superiores a un macho joven, para que los inferiores puedan crecer sin impedimentos.

Cuando una mujer contrae matrimonio se le extraen los dos dientes frontales. Para facilitar la extracción, la futura esposa sólo ingiere alimentos tiernos durante algunas semanas y se abstiene de toda actividad sexual. Completados estos preparativos, le colocan sobre el diente un palo que se golpea con una piedra hasta hacerlo saltar. El objetivo de esta ceremonia es el mismo que el de la circuncisión de los hombres, que se realiza con carácter general cada



LOS NAMBAS (NUEVAS HÉBRIDAS)

Los "grandes nambas" y los mbotgotes (también llamados pequeños nambas) viven en la isla Malekula, en Nuevas Hébridas. "Namba" es en realidad el nombre del estuche del pene, voluminoso en el caso de los grandes nambas y de dimensiones mucho menores en el de los mbotgotes. Aunque sólo se encuentran separados por unos cuantos kilómetros, ambos grupos son culturalmente muy distintos.

veinte años más o menos, cuando el primogénito del cacique llega a la edad de casarse (hacia los 17 años de edad). El prepucio se corta con un cuchillo de bambú muy afilado y sobre el pene se derrama savia de ciertas plantas para restañar la herida. Los circuncisos no pueden ver a ninguna mujer hasta su curación completa.

La categoría social de los grandes nambas la determina una sociedad llamada nimangi. De manera algo parecida a los grados de la masonería, el hombre asciende por una sucesión de niveles escalonados mediante la organización de bailes ceremoniales, la distribución de viandas y el sacrificio de cerdos colmillos. Los rituales aumentan la complejidad a medida que se aspira a grados más altos, y el número de cerdos exigidos crece en consonancia, de modo que sólo el cacique puede alcanzar los puestos supremos de la nimangi. Algunos ancianos recuerdan haber presenciado rituales ofrecidos por caciques que aumentaron su rango gracias al sacrificio de centenares de cerdos.



Cuando una mujer de los grandes nambas contrae matrimonio, se le extraen los dientes frontales con un palo afilado y un martillo de piedra. La sangre se restaña con la savia de ciertas plantas.

Cuando se celebra una ceremonia de la nimangi, los aspirantes al ascenso de categoría entregan cerdos a los ancianos, recibiendo a cambio unas tallas rituales que simbolizan los nuevos rangos. Hecho esto se despeja el terreno de baile, eliminando hierbajos y matorrales para dar comienzo a las ceremonias.

Al sonido de los tambores (que se consideran voces de los antepasados) se congregan los hombres, armados con mazas de guerra o arcos y flechas, en un extremo del terreno de las danzas y empiezan a cantar con voz profunda y resonante. Van moviéndose en torno a los tambores, mientras el danzarín de mayor categoría ejecuta un baile en el cual finge ser un ave, casi siempre un halcón. En muchas regiones del Pacífico Occidental la alcurnia del individuo se expresa directamente por medio del simbolismo físico-espacial: por eso un ave de vuelo alto como el halcón es el animal apropiado para quien ocupa el puesto de máxima importancia en la nimangi.

Seguidamente se incorpora otro hombre al grupo y comienza a bailar solo alrededor de los tambores. Va decorado con pintura, arcilla, plumas, tiras de hojas, tobilleras de nueces secas, brazaletes de carey y colmillos de cerdo, símbolos todos ellos de su categoría social. El privilegio de ejecutar esta danza en solitario debe pagarlo con la entrega de un cerdo por cada objeto de adorno. Esgrimiendo un viejo mosquito y una maza de madera utilizada para sacrificar a los cerdos, da muchas vueltas bailando hasta que se le suman los restantes hombres.

Los danzarines se turnan en el baile y luego, en determinado momento de las ceremonias, los aspirantes surgen precipitadamente de un recinto semicircular llamado "del nacimiento", que simboliza el seno materno. Con ello renace el iniciado mientras desaparece para siempre su personalidad anterior.

Prosigue el baile y cada participante agarra por turnos una lanza para hincarla en el suelo, cerca de la cabeza de un cerdo que un iniciado sujeta con una cuerda. Finalmente uno de los hombres atraviesa el corazón del animal y el bailarín de mayor categoría lo remata. Acto seguido golpea al aspirante con un manojo de hojas sagradas y pronuncia en voz alta el nombre correspondiente al grado de nimangi a que haya ascendido.

Muchas tradiciones de los grandes nambas se han perdido en época reciente. La mayoría de grupos se trasladan al litoral huyendo de los enfrentamientos entre facciones, o porque desean una vida más cómoda y mejores oportunidades para sus hijos. Una vez en la costa adoptan rápidamente el cristianismo, por serles imprescindible para adquirir tierras o mujeres de las tribus cristianizadas ya establecidas en zonas cultivables próximas al mar. Los niños van a la escuela y los hombres ingresan en sociedades cooperativas.

Sólo un reducido grupo de grandes nambas sigue en el interior, procuran-



do perseverar en su forma de vida tradicional, aunque es probable que muy pronto desaparezca del todo su cultura tradicional.

Los "pequeños nambas"

Los mbotgotes o "pequeños nambas" del sur de la isla han conservado mucho mejor su cultura autóctona, sobre todo gracias a su relativo aislamiento. Aunque existen algunas afinidades con los grandes nambas, las diferencias de individuos que en vida fueron influyentes mantienen un estrecho contacto con sus descendientes vivos, proporcionándoles buena salud y cosechas abundantes si están complacidos, o castigándoles con enfermedades y carestías si se disgustan.

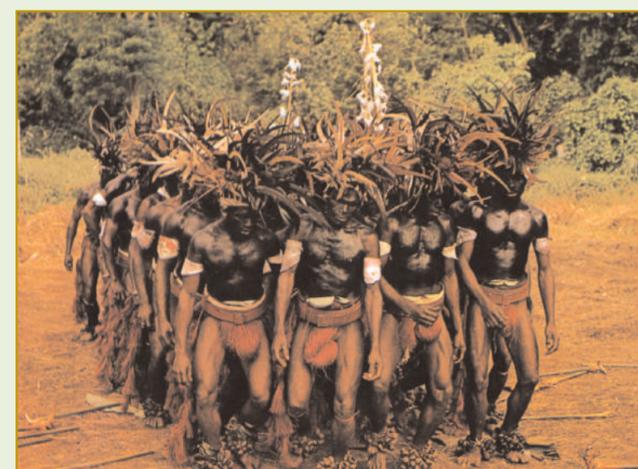
El poderío y el prestigio social se alcanzan por medio de una sociedad nimangi similar a la de los grandes nambas, aunque mucho más complicada. No existen los caciques hereditarios; los pequeños nambas se rigen por las decisiones de los ancianos que ostentan los grados máximos de su nimangi. Los hombres de menos edad ayudan a estos ancianos y se someten a ellos, porque sin su apoyo nunca progresarían en su empeño por elevarse en la escala social.

Para los pequeños nambas, la importancia de los ancianos persiste aun después de su muerte. Deben oficializarse unos funerales muy complejos para ganarse la buena voluntad del poderoso espíritu del difunto. Durante estos ritos mortuorios salen a la luz pública las mejores obras de arte de los nambas.

La caza todavía tiene importancia en la cultura de los pequeños nambas. La presa más buscada es el cerdo salvaje, al que se le acosa con perros y se abate con lanzas o machetes si la jauría no ha podido darle muerte. Los arcos y flechas se utilizan para cazar zorros voladores y diversas especies de paloma.

En los riachuelos se capturan camarones y anguilas que permiten ampliar y completar el producto de caza. No obstante, el alimento básico es el taro, tubérculo más adaptable que cualquier otro a las copiosas precipitaciones de la región. El taro se gisa entero en fogatas o se transforma en un "leplap" parecido al de los grandes nambas.

Las mujeres disponen de una nimangi similar a la masculina, aunque no tan complicada y con menos grados. El diente delantero de la mujer, o de la joven, se extrae en el transcurso de estos rituales. Como ocurre con los hombres, debe oficiarse una ceremonia funeraria cuando fallece alguna mujer de rango elevado, a fin de propiciar la benevolencia de su espíritu. La magia tiene mucha importancia en la vida de los pequeños nambas. En ocasiones se acusa a algún anciano o anciana de practicar la hechicería, acusación que en más de una ocasión ha sido causa de tragedias, pues si puede probarse ante un jurado, el reo deberá entregar varios cerdos a la familia del muerto.

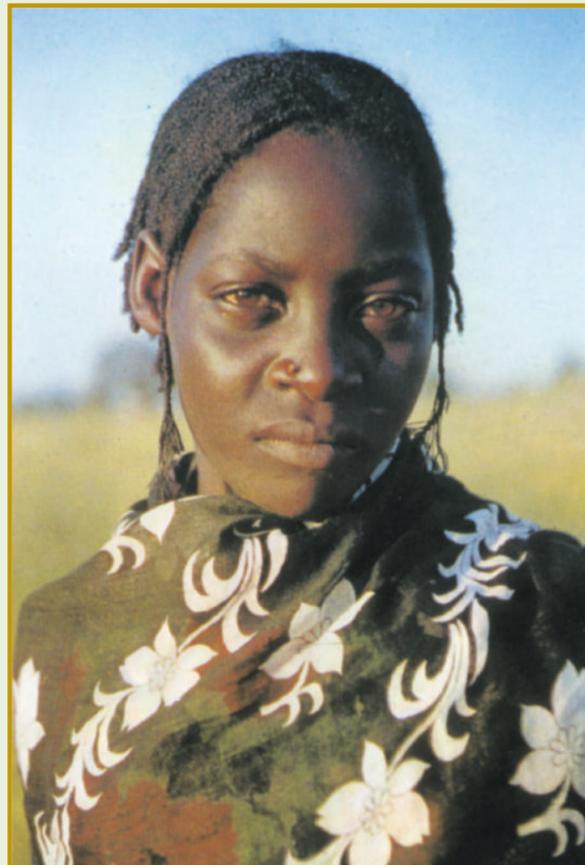


LOS KABABISH (SUDÁN)



Los kababish son un pueblo nómada sudanés que vive del pastoreo y posee una gran habilidad en la cría de sus ganados. Excepto durante la estación seca, cuando se establecen por una larga temporada junto a los pozos y los manantiales de agua llamados "damars", los kababich van siempre de un lado a otro en pequeños grupos.

Al oeste de Jartum, capitán de Sudán, se extiende una amplia franja de tierra árida donde viven los kababich, árabes nómadas. La región administrativa, que lleva su nombre, aunque la comparten con otras tribus menores, en enorme -unos 350.000 km2 aproximadamente-. Las lluvias, muy escasas, se limitan por regla general, a los meses de julio, agosto y septiembre, siendo muy irregulares. La región de los kababich no es apta para el cultivo regular, pero una buena parte de ella, con pastos apropiados para camellos, cabras y ovejas del desierto, permite criar gran número de animales a este pueblo de pastores. Pero los problemas del pastoreo en regiones áridas, con variaciones estacionales en la disponibilidad de agua y pastos, requieren una cuidadora organización de las actividades. Incluso con la simple tecnología de que disponen, los kababich muestran una gran habilidad en la cría de sus ganados. Excepto durante la estación seca, cuando se establecen por una larga temporada junto a los pozos y los manantiales de agua llamados "damars", los kababich van siempre de un lado a otro en pequeños grupos. La mayor parte de los damars están dentro del distrito del concejo rural de Dar Kababich, pero muchos nómadas pasan la estación seca en damars situados fuera de esta demarcación, al oeste, en la provincia noroeste de Darfur, y al noroeste, en el desierto del sur de Libia. En estos damars cavan pozos poco profundos en los lechos secos



de los ríos, que deben renovarse cada año porque las corrientes de la estación de lluvias los destruye. Según el esquema de la migración anual de los nómadas, la mayor parte de los rebaños abandonan durante largos períodos el territorio habitual de la tribu, práctica que permite trasladar a los animales con mayor rapidez y por largas distancias, al dejar a mujeres y niños, así como a los camellos jóvenes, en el campamento familiar. Pero esto es posible sólo porque los árabes kababich, a diferencia de la mayoría de los nómadas africanos, no dependen sólo de sus animales para alimentarse. Su dieta se basa principalmente en gachas de harina de mijo, kiswa, servidas con salsa de carne o con leche o (cuando no tienen a mano ninguna de las dos cosas) con un caldo hecho a base de agua, mantequilla clarificada, cebolla y especias. Para poder comprar su comida y otros elementos necesarios, y tener con qué pagar los impuestos, venden un gran número de animales, tanto a los comerciantes locales como a los mercados centrales del norte de Sudán. La mayor parte de los camellos vendidos se lle-

van a los mercados del Alto Egipto, donde hay mucha demanda de esta clase de carne.

El negocio con los comerciantes y los mercados no es cosa nueva para los kababich. Por la región que ocupan en la actualidad pasan tres rutas históricas de caravanas, que van desde el valle del Nilo al África central y occidental. Durante siglos los kababich han hecho de guías y han abastecido de animales a los mercaderes que cruzaban su territorio. En los siglos XVIII y XIX se daba el nombre de kababich a una amplia confederación de tribus de diverso origen. Su fusión en una unidad política -esto es, en una sola tribu- se debe al jefe supremo jeque Ali at-Tom, quien la propició a principios del siglo XX, en pleno período colonial británico.

Las antiguas tribus de la confederación se han convertido ahora en cabezas de sección, bajo la autoridad directa de la familia del jeque supremo. Pero la sección tiene poca importancia en la vida diaria, política y económica de estos pastores, pues no tiene más objeto que reunirlos en grupos para la cotización de los impuestos. La unidad básica de los kababich es la familia y es, entre ellas, donde se deciden las alianzas, las separaciones y los matrimonios. Entre los kababich, el ideal de un hombre es convertirse en cabeza de una familia, tener muchos hijos, poseer un gran número de animales y mantenerlos con la ayuda de sus subordinados inmediatos. Aunque no todos pueden conseguir este ideal, la naturaleza de la economía del desierto Kababich hace que este deseo sea algún día realizable para muchos de ellos. En principio, todo lo que un hombre necesita para conseguir este propósito es una mujer, algunos animales, e hijos suficientes para atender las tareas domésticas y el cuidado del rebaño, así como habilidad para atender sus asuntos.

En realidad todo hombre obtiene de su padre, durante las diversas etapas de su infancia y primera juventud, una serie de animales que en el momento de su boda suelen bastar para mantenerle a él y a su mujer. El hombre que no posee una familia lo suficientemente numerosa como para establecerse por su cuenta debe cooperar con otras unidades familiares, a no ser que pueda contratar los servicios de pastores. Por lo general cuando un joven casado necesita ayuda para atender a su ganado sigue apacentándolo junto con el de su padre.

La tienda kababich, tejida con pelo de camello y de cabra, pertenece siempre a una mujer -normalmente a una que está o ha estado casada-. Estas viviendas contienen pocas cosas, porque la posesión de muchas es un obstáculo para gentes que están en continuo movimiento. La cama, hecha con los nervios de hojas de palmera atadas con correas de cuero, descansa sobre una estructura plegable a base de palos y patas y ocupa una parte considerable del interior de la tienda. A cada lado de la cama se colocan sacos de cuero que contienen el grano, la litera o silla de madera que usan las mujeres para viajar en camello, y una



serie de pequeñas bolsas, también de cuero, con las posesiones personales. En muchas tiendas hay también pequeños cofres de latón traídos de las ciudades. Pero a pesar de la mayor seguridad que proporcionan, estos cofres no han desplazado el uso de las bolsas de cuero, mucho más manejables y fáciles de transportar en camello. Del interior de la tienda cuelgan una serie de abigarrados objetos de cuero que sirven para adornar el camello en que viaja la esposa. No faltan tampoco vasijas para la leche o recipientes para comer y

beber.

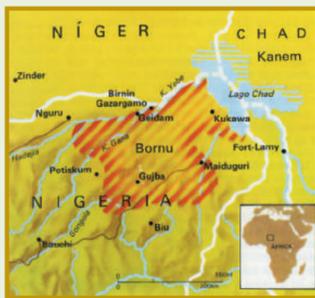
La tienda está siempre orientada hacia el este, y si es posible se arma junto a un árbol o arbusto que dé sombra y resguarde del viento. El fuego para cocinar, situado cerca de la tienda, suele protegerse con una cerca semicircular hecha con arbustos. Sobre este basto paravientos se colocan utensilios de cocina, las vasijas para la leche y las que contienen la comida ya preparada, a fin de mantenerlas fuera del alcance de los perros y de otros animales domésticos. Si hay algún árbol cerca de la tienda, de sus troncos se cuelga el odre del agua, que en caso contrario se suspende de una estaca en forma de "Y" plantada en el suelo, por lo general en el interior de la tienda, cerca de la entrada y a la sombra.

El lugar donde se arma la tienda recibe el nombre de "dar" e incluye el terreno hasta un poco más allá de las clavijas que la sostienen, el fuego frente a la tienda y los árboles y arbustos que se utilizan para colgar el odre del agua y otros objetos. Si la familia ocupa más de una tienda, todas ellas caen dentro del mismo dar. Cualquier visitante que se acerque, tanto si va a pie como en camello, debe aproximarse por la parte delantera de la tienda. Si viene montado debe desmontar a varios metros de distancia.

Como en otras sociedades musulmanas, el ofrecimiento de comida está estrechamente asociado con la idea de generosidad. La palabra árabe que define la generosidad es "karam", la cual deriva de la misma raíz que "karama", término con que se alude a la comida que se ofrece con motivo de ceremonias y fiestas rituales. Entre los kababich el "dar" es el único sitio apropiado para el "karama", y la presencia de un huésped en el "dar" es ocasión propicia para desplegar el "karam" u ofrecimiento, al menos simbólico, de algo de comida y refresco.

Los kababich son un pueblo orgulloso, celoso de su independencia y su vida nómada. Aunque no desconocen la vida urbana, pues acuden a las ciudades a comprar y vender, para ellos éstas tienen pocos atractivos. Los miembros de la familia del jefe supremo visitan a menudo las ciudades por asuntos de negocios, de política o de salud, y adquieren aparatos de radio y otros productos modernos.

La familia del jefe se distingue de las demás, no sólo por su mayor riqueza, sino también por la mayor cultura de sus miembros principales e incluso por su aspecto físico, pues en general son más oscuros de piel y tienen un aspecto más africano.



Durante más de seis siglos los canuris han sido el elemento dominante en Bornu, hoy distrito Nororiental de Nigeria. Los miembros de este pueblo nigeriano son de elevada estatura, piel muy oscura y porte majestuoso. Cuando no están ocupados en el cultivo de sus campos, visten una indumentaria tradicional consistente en túnica amplia y un bonete de colores muy vistosos, a menudo cubierto por un turbante.

Sus voluminosas túnicas obedecen a la necesidad de protegerse del fuerte calor reinante, sobre todo durante la estación seca. En el mes de mayo, a poco de comenzar las lluvias, las temperaturas suelen superar los 38 °C. Esta vestimenta tradicional es mucho más apropiada para el clima del país que los trajes al estilo europeo, utilizados hoy por la mayoría de los nativos ocupados en tareas profesionales o administrativas. De igual manera, la vivienda típica, de barro cocido al sol, proporciona un interior mucho más fresco que los modernos edificios de hormigón y tejado de chapa metálica.

Al visitante de cualquier domicilio canuri se le ofrece café o té y recibe siempre un trato muy cordial. Pero el intercambio de saludos formales sólo aplaza brevemente la búsqueda de lo que en realidad interesa al huésped y a su anfitrión: la comunicación de "noticias".

Los canuris se preocupan por estar al día de cuanto ocurre en el mundo, y sobre todo en otras regiones de Nigeria. Con tacto y amabilidad interrogan al visitante hasta sacarle toda la información posible.

Los canuris tienen muy presente el pasado, en particular los trastornos y cambios de los últimos 150 años, pero también de periodos aún más remotos. Hasta 1846 estuvieron sometidos a una dinastía milenaria, posiblemente única en el mundo por su duración. Según la leyenda, Sef, hijo del yemení Dhu Yazan, se instaló en una ciudad llamada Kanem, enclavada al este del lago Chad, donde sus descendientes se constituyeron en monarcas de toda la región (dinastía Sefawa).

Es probable que Sef y su hijo sean los legendarios antepasados del gran Dugu, quien fue el primer rey en el auténtico sentido del vocablo, creyéndose que gobernó el país en el siglo IX. Después de Dugu, en las listas dinásticas de Bornu aparecen los nombres de 35 monarcas que gobernaron en Kanem hasta el siglo XIV. Algunos de ellos fueron grandes guerreros, conquistadores de los pueblos circundantes y señores de unos dominios que fueron extendiéndose hasta convertirse en un imperio. Uno de los más famosos fue Dunama Dibbalemi, que reinó durante el siglo XIII. Según las crónicas, su padre fue el primer rey "negro", pues todos sus predecesores habían sido "rojos". No obstante y a juzgar por los indicios históricos disponibles, desde sus comienzos la dinastía se integró, mediante una estrategia matrimonial, con los pueblos negros sudánicos sometidos a su dominio.



LOS CANURIS DE NIGERIA

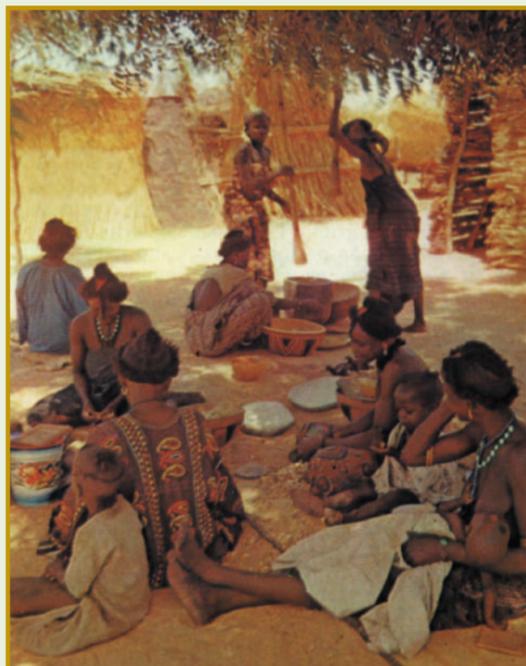
Los canuris son un pueblo tradicional nigeriano de elevada estatura y piel oscura cuyos miembros habitan en viviendas de barro cocido al sol y se dedican principalmente a la agricultura y a la ganadería.

A pesar del progreso su vida cotidiana sigue centrada en las preocupaciones de aldea, la familia y el campo.

La dinastía Sefawa actuó como el grano de arena en torno al cual acaba por formarse una perla. A finales del siglo XIV, debido a los constantes ataques de los bulalas, el rey (mai) Omar trasladó la capitalidad al oeste del lago Chad. La presencia y el poderío de los monarcas Sefawa atrajeron a muchos habitantes de la zona oriental de Kanem, que uniéndose formaron un pueblo del que descienden los canembus. Algunos sectores de aquel conglomerado dieron lugar a los actuales canuris, previa fusión con otras gentes del grupo "so", establecidas en torno al lago Chad. El proceso formativo de una "tribu" o "nación" resulta muy interesante, al igual que el papel desempeñado en este caso concreto por la dinastía y su corte, papel todavía vivo en la mentalidad de los canuris y sobre todo en la de sus aristócratas.

Algunos conflictos internos y externos, arrastrados por los Sefawa durante el siglo XIV, se prolongaron hasta bien entrado el siglo XV, si bien al finalizar esta centuria se había establecido el orden y la dinastía gozaba nuevamente de gran prestigio, sobre todo mientras reinó el gran Ali Dunamani Gaji, uno de los tres monarcas más famosos. A él se debió la decisión de fundar la nueva capital de Birnin Gazargamo, desde donde los canuris controlarían durante trescientos años un imperio de gran extensión.

Bornu vivió su edad de Oro en las postimetrías del siglo XVI y a comienzos del XVII, coincidiendo con el reinado de Idris Alooma, el más insigne de todos sus reyes. Por aquel entonces Bornu dominaba casi toda la Nigeria septentrional, derrotando finalmente al Imperio Songhay, que le disputaba la posesión del país de los haussas. Idris Alooma logró fijar una frontera con los belicosos bulalas, calmó las tendencias separatistas de Kanem reconociendo su autonomía dentro del Imperio, y afirmó su control de las valiosas rutas del comercio con el norte. Gracias a este último logro, pudo hacerse con armas de fuego turcas y adquirir las riquezas necesarias para com-



parlas. Idris Alooma sentó las bases de una eficaz organización militar y llevó a cabo una política diplomática de gran alcance.

El antiguo poderío de los reyes había mermado mucho a comienzos del XIX. Sometida a los ataques de los fulanis, la nación no supo oponer resistencia eficaz hasta que un jeque, Mohammed Al-Amin, reunió en torno suyo a las fuerzas dispersas del antiguo imperio. Una vez controladas las incursiones fulanis, este guerrero acabó por imponerse en todo el país, reduciendo a los reyes a un estado de impotencia casi absoluta. A Mohammed Al-Amin le sucedió su hijo Omar, en cuyo reinado el rey Ibrahim intentó recuperar el poder, para lo cual se alió con el pueblo wadai, establecido en un sector oriental del país. Omar ejecutó a Ibrahim y dio muerte en 1846 al último rey, Ali, poniendo fin a la milenaria dinastía Sefawa.

Los shehus o descendientes del jeque Mohammed Al-Amin, gobernaron el país hasta finales del siglo XIX, sucumbiendo entonces ante Rabeh, aventurero esclavista que se había abierto camino a sangre y fuego desde el lejano Sudán. Rabeh dio muerte al shehu Kiyari y probablemente habría fundado la tercera dinastía, de no ser por su derrota a manos de los europeos, que por aquel entonces iniciaban su penetración militar. El feroz conquistador fue muerto por los franceses, y en 1902 Bornu se dividió entre éstos (actual Chad), los alemanes (Camerún) y los británicos (Nigeria). Por mandato de la Sociedad de Naciones, tras la primera Guerra Mundial, Londres se hizo cargo de la parte de la ex zona alemana que luego se incorporó a Nigeria, que por ello contiene casi todo el territorio del antiguo Bornu.

Los cambios introducidos en la época colonial y después de la independencia nigeriana han sido muy profundos. El comercio transahariano ya no determina el bienestar económico de los canuris, cuya moderna capital, Maiduguri, dispone de enlace ferroviario con la costa. Bornu se ha integrado en el sistema económico de Nigeria y participa en el comercio internacional a través de Lagos y Port Harcourt.

Gracias a estos medios de comunicación, la mayoría de los canuris han logrado acceso a numerosos productos manufacturados. Sin embargo, este proceso apenas ha influido en otros aspectos de la vida cotidiana, que sigue centrada en las preocupaciones tradicionales de la familia, la aldea y el campo. En el Sahel septentrional, el paisaje es una ininterrumpida sucesión de dunas y matorrales. Más al sur se alzan algunas sierras de considerable longitud, establecidas en sentido noreste-sudoeste, que señalan las sucesivas orillas de un gran mar interior cuyo único vestigio actual es el lago Chad. Aparte de algunos ligeros cambios de nivel, más las colinas que definen el límite meridional de Bornu, casi todo el país de los canuris es llano. La inseguridad de las precipitaciones se traduce en sequías periódicas. No obstante, hay agua suficiente para posibilitar una agricultura razonablemente productiva, así como para sostener una cabaña compuesta por ovinos y caprinos. Los canuris crían también ganado vacuno, aunque sus rebaños no son tan numerosos como los de los fulanis y los árabes shuwas, pueblos eminentemente pastoriles, que cruzan estas tierras en sus movimientos migratorios.

Las lluvias se concentran en los meses de junio a septiembre; el resto del año es seco y a veces muy caluroso. El 10% de los canuris residen en Maiduguri, y el resto se reparte entre ciudades, pueblos y aldeas de población muy inferior. Algunos de estos núcleos apenas cuentan con un puñado de casas, pero hay varias villas con cerca de 10.000 vecinos.

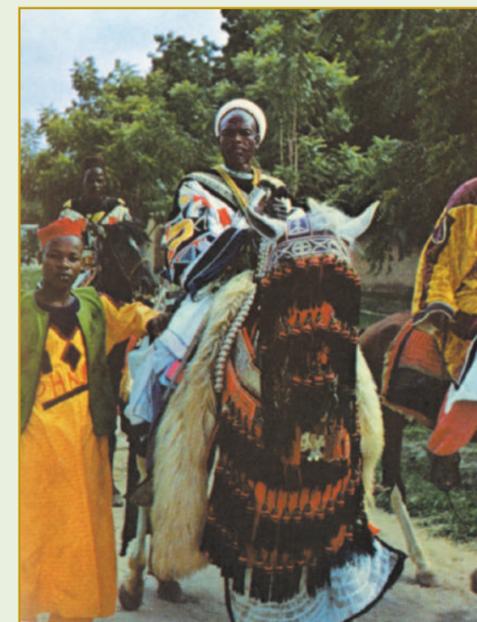


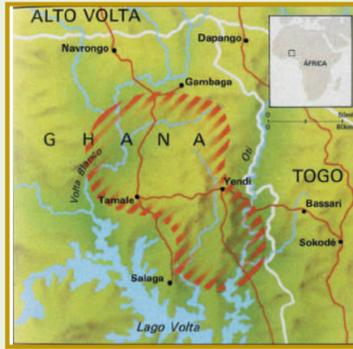
Las poblaciones son muy importantes para todos los canuris, pues en ellas se hallan los mercados comarcales y los centros administrativos. También cuentan con una o más escuelas, regidas por el municipio o por las autoridades docentes del estado Nororiental. Casi todos los poblados disponen de mezquita, ya que los canuris han estado en contacto con el islamismo desde el siglo XI. Como parte de la misma, o bien bajo la dirección del maestro coránico de la localidad, suelen habilitarse numerosas escuelas pequeñas, donde se imparten enseñanzas religiosas. Muchos niños canuris aprenden a escribir con las tablillas de

madera utilizadas durante siglos en África para este fin. Una de las maneras en que el musulmán culto ha sido siempre útil a la sociedad canuri, es el registro de las genealogías familiares. La importancia del árbol genealógico no estaba únicamente en razones de orgullo familiar, sino también en su carácter de documentos acreditativos del derecho a gozar de propiedades y cargos públicos. En cuestiones de matrimonios y herencias, la familia y el grupo de parientes pueden resultar decisivos. De ahí la extraordinaria afluencia de familiares, cuando los tribunales deciden causas relativas al grupo. El conocimiento de la familia a que pertenece una persona es requisito indispensable para su aceptación, en cualquier circunstancia, pero especialmente cuando se trata de cuestiones matrimoniales.

Las bodas son costosas, en particular si la novia nunca ha contraído matrimonio con anterioridad. Aparte de pagarse una dote en metálico y en especie a la familia de la futura esposa, es preciso gastar sumas considerables en los festejos nupciales y en la instalación de la vivienda. De ahí que le varón se vea obligado a solicitar la ayuda de sus parientes. Mucho más barata es la boda con una viuda o divorciada, por lo que muchos hombres optan por este tipo de matrimonio, aún cuando no resulta tan prestigioso. Por su religión musulmana, los canuris prefieren mantener recluidas a sus esposas. Esta medida es normal para los más ricos, que pueden permitirse el lujo de proporcionarles suficiente espacio en la vivienda y no necesitan su colaboración en las tareas agrícolas. Las familias más opulentas cuentan incluso con una o más concubinas. Sin embargo, la escasa potencia económica del canuri medio hace impracticable este ideal, de modo que la esposa goza de ciertas libertades fuera del hogar, aunque siempre el marido quien recibe al visitante de una vivienda canuri; las mujeres suelen ocultarse en otra estancia. En cuanto a las relaciones matrimoniales, la formalidad es su rasgo más característico: si salen juntos, la mujer caminará detrás del esposo y en público sólo se dirigirán la palabra cuando sea imprescindible, siempre con un tono muy formal.

Los hijos casados se establecen habitualmente cerca del domicilio del padre, quien de este modo se convierte en jefe de varios hogares subordinados; en realidad, de una pequeña aldea o de un barrio del pueblo donde reside esta familia extensa. Así suele formarse el escalón más bajo de toda una jerarquía política. Otro caso frecuente es el del hombre que acoge en su casa a clientes o protegidos, emparentados o no. Para un joven con ambiciones, el patrocinio de un hombre rico o poderoso suele resultar muy rentable. El canuri debe abrirse paso en el mundo con sus propios medios, para acabar estabilizándose en la categoría que le corresponde. En este sentido, este pueblo forma una sociedad muy "moderna", orientada hacia los logros materiales. No obstante, la familia y las lealtades personales siguen siendo los instrumentos que utilizan los ambiciosos, con lo cual se repiten tanto la historia como el proceso constitutivo de este pueblo, formado con elementos "precanuris" dispersos. En todos sus estratos, la sociedad canuri alcanza la cohesión agrupando un número indeterminado de individuos en torno a un personaje central: la "semilla de la perla".



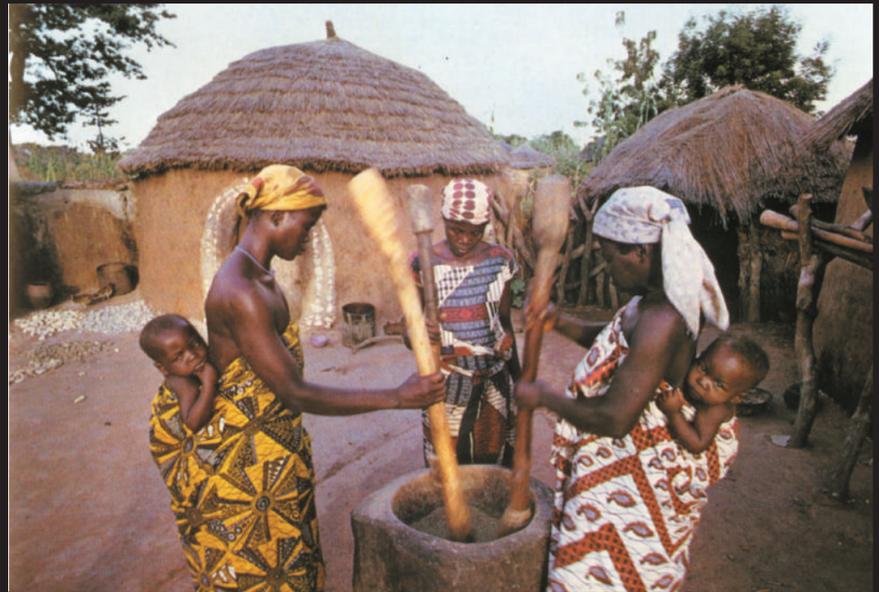


Los dagombas constituyen una especie de **Lenigma humano**. En su mayoría son gentes pacíficas, aunque algunos todavía dan muestras de agresividad.

La solución del enigma estriba en que los dagombas, como tantas otras agrupaciones de la franja sudánica, son en realidad dos pueblos. El núcleo básico se compone de gentes negras del África occidental; y los esquemas fundamentales, tanto agrícolas como religiosos, muestran notables semejanzas con los de muchos vecinos. Su lengua, el dagbán, tiene relación con las que hablan otros pueblos próximos llamados "vóltidos", por el nombre del río principal de esta zona, especialmente los establecidos en los antiguos estados de Mamprusi, como los Mossi y los Nanumba. Pero sobre el estrato básico puede apreciarse otro más reciente. Hace de 500 a 1000 años, varios "grupos disidentes" compuestos por guerreros a caballo se separaron de los grandes reinos sudánicos establecidos más al norte, en la amplia curva del río Níger. Abandonaron sus tierras de origen, a consecuencia quizá de luchas dinásticas o tal vez voluntariamente, deseosos de hacer fortuna o conquistar para sí un nuevo reino.

La conquista no fue difícil para aquellos guerreros sudánicos, quienes pronto se afirmaron como clase dominante, imponiéndose a los campesinos de la zona. Con el tiempo desaparecerían las diferencias físicas entre invasores e invadidos. Los extranjeros estaban probablemente en inferioridad numérica, pero se mezclaron con los naturales del país y acabaron adoptando sus lenguas. Estos dos niveles culturales siguen siendo visibles entre los dagombas, e igualmente en los demás pueblos vecinos. Persisten, por ejemplo, en las diferencias entre la estructura "política" de los conquistadores y la "agro-religiosa" de los conquistados. Ambos sistemas se influyen mutuamente, pero nunca han llegado a un grado de integración que anule las diferencias. Para los habitantes de estas tierras, uno y otro son "dagombas". En el siglo XV los dagomba empujaron hacia el sur a los pueblos akan, y a comienzos del XVI se fueron extendiendo desde su centro original, establecido en torno a Tamale, en la región occidental de Dagbong. Expulsaron a los konkombas de sus tierras de Yendi y a partir de entonces las dos divisiones de Dagbong, Tumo al oeste y Naja al este, se convirtieron en una triada de cacicazgos que siguen teniendo su importancia en la actual estructura política del país.

La historia de las dinastías dagombas, de sus ciudades, subtribus y linajes siguió fluctuando en los dos siglos siguientes hasta que, a mediados del XVIII, comenzó a aumentar la influencia de los ashanti, cuya capital, Kumasi, se encontraba al sur del río Volta.



LOS DAGOMBAS DE GHANA

Los Dagombas son un pueblo tradicional africano que vive del centro de Ghana gracias a la ganadería y la agricultura. Todavía hoy en día mantienen una cultura poligámica en la que el marido está obligado a prestar la misma atención a todas sus mujeres.

Según Dupuis, cónsul británico en Kumasi, el tributo enviado por los dagombas en 1812 se componía de 500 esclavos, 200 vacas, 400 ovejas y una cantidad indeterminada de paños, todo ello procedente de la ciudad de Yendi, pues las demás poblaciones contribuían con cantidades en proporción a sus medios. A finales del siglo XIX un ashanti establecido en Yendi, cónsul de su pueblo y recaudador de impuestos hasta la llegada de los alemanes, declaró que el último tributo anual pagado por los dagombas había consistido en 2000 esclavos. Apremiados por la necesidad de satisfacer el tributo y de aprovisionar su propio mercado de esclavos, los dagombas se dedicaban a organizar constantes incursiones contra otros vecinos más débiles.

Con la llegada de las potencias europeas, los dagombas fueron atacados por los franceses, quienes desbarataron las hordas de Samory en el oeste y empujaron a otro general, Babatu, hacia la región sudoriental de Yendi, posteriormente dividida entre británicos y alemanes. Cuando Alemania perdió Togoland, a consecuencia de su derrota en la I Guerra Mundial, los británicos pasaron a administrar todo el territorio. Desde la independencia de Ghana, el centralismo ha ido integrando a los dagombas en el sistema económico del país. Como otros muchos pueblos, se verán cada vez más afectados por el gran lago artificial a que ha dado origen la presa de Akosombo.

Aunque la necesidad de productos manufacturados y el pago de sus contribuciones ha hecho que los dagombas se incorporen a la moderna economía monetaria del país, la base de su actividad de subsistencia todavía es la producción de alimentos típicos de la dieta sudánica, a la que se añaden varias cosechas de plantas importadas en los últimos siglos. El mijo y el sorgo son indígenas de esta zona, donde probablemente se comenzaron a cultivar hace unos 5000 años. El

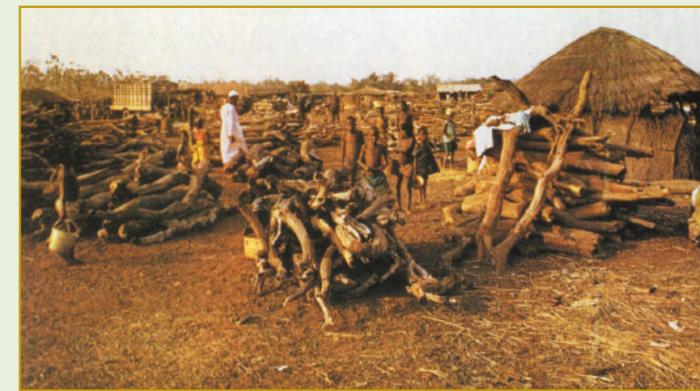


consumo de melones y cebollas se tomó de los antiguos egipcios y, como en el resto de África, hace unos 2000 años debieron llegar, procedentes de Asia Sudoriental, productos hoy tan aclimatados como los plátanos, pepinos, berenjenas, arroz, taros y ñames.

A cambio de esclavos, los europeos les entregaban maíz, mandioca, papaya, cacahuetes, pimientos, calabazas, tomates, algunas variedades de batatas y ñames, así como tabaco de América. Estos productos son hoy corrientes en los mercados locales, sobre todo los cacahuetes, el tabaco y los ñames. El campesino completa sus ingresos con la caza, la pesca y la recolección. También crían animales domésticos. Los vacunos, que rara vez se ordeñan, son apreciados como proveedores de carne, pieles y estiércol. Otros ingredientes de la dieta son las carnes de cabra, oveja, pero, pollo y pintada. Los dagombas practican también la apicultura y crían asnos y caballos como animales de carga.

Los mercados son muy importantes para los dagombas, no sólo por razones económicas, sino porque suponen un eco de la primitiva concepción "campesina" del mundo. En torno a cada mercado principal, como el de Tamale, gira todo un sistema de mercados menores, a su vez centro de otros aún más reducidos, de manera que en conjunto constituyen un "mapa" de todo el país. También proporciona una cronológica, puesto que los mercados se organizan en conjuntos de seis; así, en cada jornada de la semana tradicional de seis días, había mercado en algún lugar, y el día recibía el nombre de ese mercado. Cada distrito tenía sus propios nombres para los días de la semana, y cada sistema individual se combinaba con el resto por medio de las jornadas compartidas. El islamismo introdujo la semana de siete días y los nombres árabes, aunque esta innovación nunca rebasó los límites de las pequeñas cortes mantenidas por los caciques. Los nombres ingleses y akan para cada día han tenido bastante éxito, aunque muchos aún sigan la vieja semana. El año se estructura todavía conforme al ciclo ecológico de dos estaciones, la seca (siete meses) y la húmeda (cinco meses), aunque también se combina con el año lunas islámico y su mes del Ramadán, así como con fechas señaladas de origen europeo (Navidad) o gubernamental (el Día de la Independencia). Para la mayoría de los dagombas, el año tradicional sigue siendo el más importante de todos: todavía se realiza el sacrificio anual al dios Tierra, y aún es el tindana quien decide cuándo pueden consumirse los productos de las nuevas cosechas.

El tindana, (dios Tierra) cuya conformidad es imprescindible para dar sepultura a cualquier persona en su comarca, solía gozar antiguamente de plenos derechos sobre las propiedades perdidas y los esclavos. Aun cuando su supremacía política cedió bastante al producirse la conquista de los jefes sudánicos, los tindanas lograron retener algunos poderes. Su opinión siguió teniendo importancia a la hora de escoger al



sucesor del cacique fallecido, hacían la presentación del nuevo rey elegido a la Tierra, y supervisaban su retiro ritual, previo a la toma de posesión.

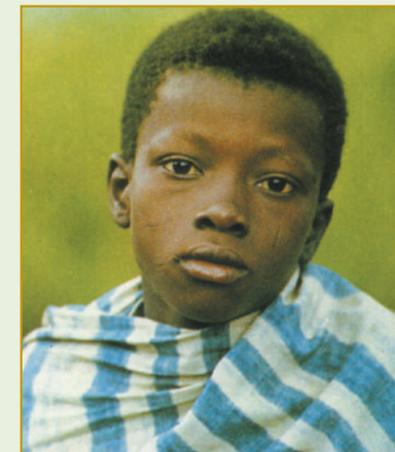
Las "pieles" eran símbolo de jefatura, y "comerse" una de ellas equivalía a tomar posesión del cargo. El sistema de ascensos para los caciques era sumamente complicado, pues sólo podían "comerse la piel" tras haber pasado por una serie de cargos. Mediante este sistema, se garantizaba que todos los pretendientes al trono fueran hijos de un rey anterior, hombres que habían progresado en sus respectivas carreras hasta hacerse con uno de sus tres cacicazgos (Miong, Karaga, Savelugu) considerados como "políticos" de aquellos. El sistema, que proseguía en sentido descendente, se hacía más complejo por causa de la distinción entre tomas de posesión "diurnas" y "nocturnas". Cuando a un cacique se le entregaba determinado mando mediante una ceremonia nocturna, ello significaba que ya no podía superar aquella categoría. Solamente los caciques "diurnos" tenían derecho a confiar en posteriores ascensos, y a soñar con la suprema dignidad del "na" (rey). Otra categoría de mandos, los "cacicazgos de ancianos", solía reservarse a eunucos nombrados directamente por el na. En estos puestos no existían derechos sucesorios, por depender de la voluntad real. En general, esta categoría se limitaba al gobierno de algunas poblaciones noroñas y a los barrios de la capital. Yendi.

El poder de los eunucos era considerable, sobre todo en épocas de intranquilidad. Se seleccionaba a los muchachos más apuestos para proceder a castrarlos en primavera y en algún lugar donde la divinidad local permitiera la operación, pues en general se consideraba un pecado contra el dios Tierra. Como rudimentaria anestesia, se les golpeaba ligeramente la cara durante algún tiempo con las cerdas de una cola de vaca. Completada la operación, le herida se cauterizaba con manteca vegetal hirviendo.

Derecho a tener un amante

La esposa dagomba acostumbra a aceptar de buen grado la llegada de una o más concubinas, pues aparte de que ello aumenta su categoría social, se libera de las faenas más pesadas, como la recogida de leña y el acarreo de agua. En teoría al menos, el marido está obligado a dedicar las mismas atenciones a todas sus mujeres. Cualquier esposa que se sienta desatendida puede tomar un amante, derecho que asiste igualmente al hombre en situación análoga; ambos sexos hacen uso frecuente de este privilegio, antes y después del matrimonio. Cuando un marido se entera de que su esposa tiene un amante, éste le ofrece a menudo determinados regalos como el reconocimiento público de sus derechos. Muy raras veces el esposo reacciona violentamente o tiene celos por la conducta de su mujer.

A lo largo de toda su historia, los dagombas han hecho gala de una admirable estabilidad. Incluso cuando las costumbres originales del país se vieron afectadas por las creencias y los hábitos de sus conquistadores, las ideas de sus primitivos habitantes siempre acabaron por imponerse. Precisamente porque saben adaptarse, los dagombas y su cultura sobrevivirán.





Las tierras que hasta finales del siglo XX (1975) se conocían con el nombre de Sahara español tienen aproximadamente la mitad de extensión que España y adoptan la forma de una concertina, desigualmente abierta situada en la costa noroeste de África, entre Marruecos y Mauritania. A pesar de tener más de mil kilómetros de costa, durante siglos esta extensión de desierto no atrajo la atención de nadie hasta que se descubrieron los fosfatos en la década de los años cuarenta. Desde 1884 el territorio era una colonia española; pero como consecuencia del Acuerdo Tripartito de Madrid, firmado en noviembre de 1975 entre España, Marruecos y Mauritania, los españoles dieron por finalizada la situación colonial y abandonaron el 26 de febrero de 1976 el Sahara Occidental, que posee una nutrida comunidad indígena, los saharauis, que en la actualidad asciende a 250.000 personas (en 1974 eran unas 70.000). Entonces, el Frente Polisario proclamó la República Árabe Saharaui Democrática. Aunque en el censo de 1974 estaba perfectamente documentado quiénes eran los habitantes del Sahara Occidental, los saharauis, y por tanto a ellos, corresponde, la autodeterminación de este territorio, son los grandes olvidados del proceso de descolonización. Todavía hoy, los saharauis, que no tomaron parte en las negociaciones, siguen allí. 175.000 saharauis se hallan en los campamentos de refugiados de Tinduf desde 1975, donde han formado la República Árabe Saharaui y se encuentran divididos en cuatro asentamientos, denominados wilayas que son la base del Frente Polisario. Están asistidos por la ONU, ya que viven en una zona donde escasean el agua y los alimentos. Tras los bombardeos de Marruecos con fósforo blanco a los saharauis en 1976 muchos no pudieron escapar y murieron o quedaron en la zona ocupada por Marruecos, además de aquellos que no huyeron. Desde entonces el gobierno de este país ha inyectado ciudadanos marroquíes en la zona ocupada del Sahara Occidental hasta hacer que los saharauis sean considerados minoría y tratados de forma discriminatoria en su propia tierra.



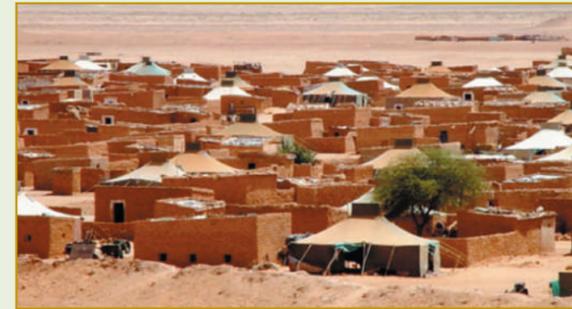
SAHARAHUIS (SÁHARA OCCIDENTAL)

Los saharauis son los habitantes autóctonos del Sahara Occidental. La mayoría de los componentes de este pueblo habitan en la parte del Sahara ocupado por Marruecos, mientras que otros viven exiliados en los campamentos de refugiados en las arenas de Tinduf.

Las manifestaciones de los saharauis son duramente reprimidas y los participantes encarcelados y torturados, según la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Presos Políticos Saharaui; como respuesta los saharauis siguen realizando manifestaciones y en ocasiones huelgas de hambre para reclamar la atención internacional. La prensa marroquí, dependiente del gobierno, considera siempre a los manifestantes como si fuesen miembros del Polisario. En 2008 se descubrió que el gobierno marroquí estaba organizando redes clandestinas que pagaban a ciudadanos mauritanos para que inmigrasen a los territorios ocupados del Sahara Occidental y se hiciesen pasar por Saharaui. Los hombres azules. Conocidos como "los hombres azules", por el color

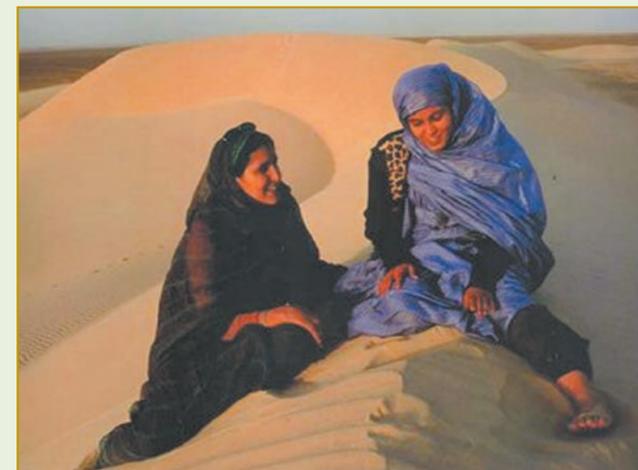


de las telas con que se cubren, se otorgan a sí mismos el nombre de "hijos de la nube", y son descendientes de los más antiguos habitantes de la zona, los bereberes sanhaya. Más tarde se produjeron muchos matrimonios mixtos con árabes, y probablemente también con esclavos negros liberados. Como los mauritanos, sus vecinos del sur, hablan hassaniya, que es una lengua más afín al árabe clásico que los dialectos bereberes de Marruecos. Sin embargo, su sistema político tribal basado en los "consejos de 40" está mucho más cercano a los usos de los bereberes. A diferencia de otros nómadas norteafricanos, las tribus del Sahara occidental no se han mezclado con las poblaciones sedentarias, excepto como conquistadores. En el siglo XI, de entre los saharauis salieron los fundadores de la dinastía almorávide, que gobernó Marruecos y grandes zonas de la península durante más de cien años. Pero la mayoría de los saharauis permanecieron en el desierto, y cuando sucesivas oleadas de árabes se extendieron hacia el sur a través de Marruecos, las tribus sedentarias más débiles fueron empujadas al sur y a una vida seminómada en las estepas que se extienden por los bordes del norte del Sahara occidental. Debido a ello, las tradiciones y cultura nómada de los saharauis han permanecido en gran parte incólumes. Exploradores europeos y comerciantes han intentado dominar la costa desde el siglo XIV, pero la mayoría de las tribus se mostraron hostiles, y algunas de ellas



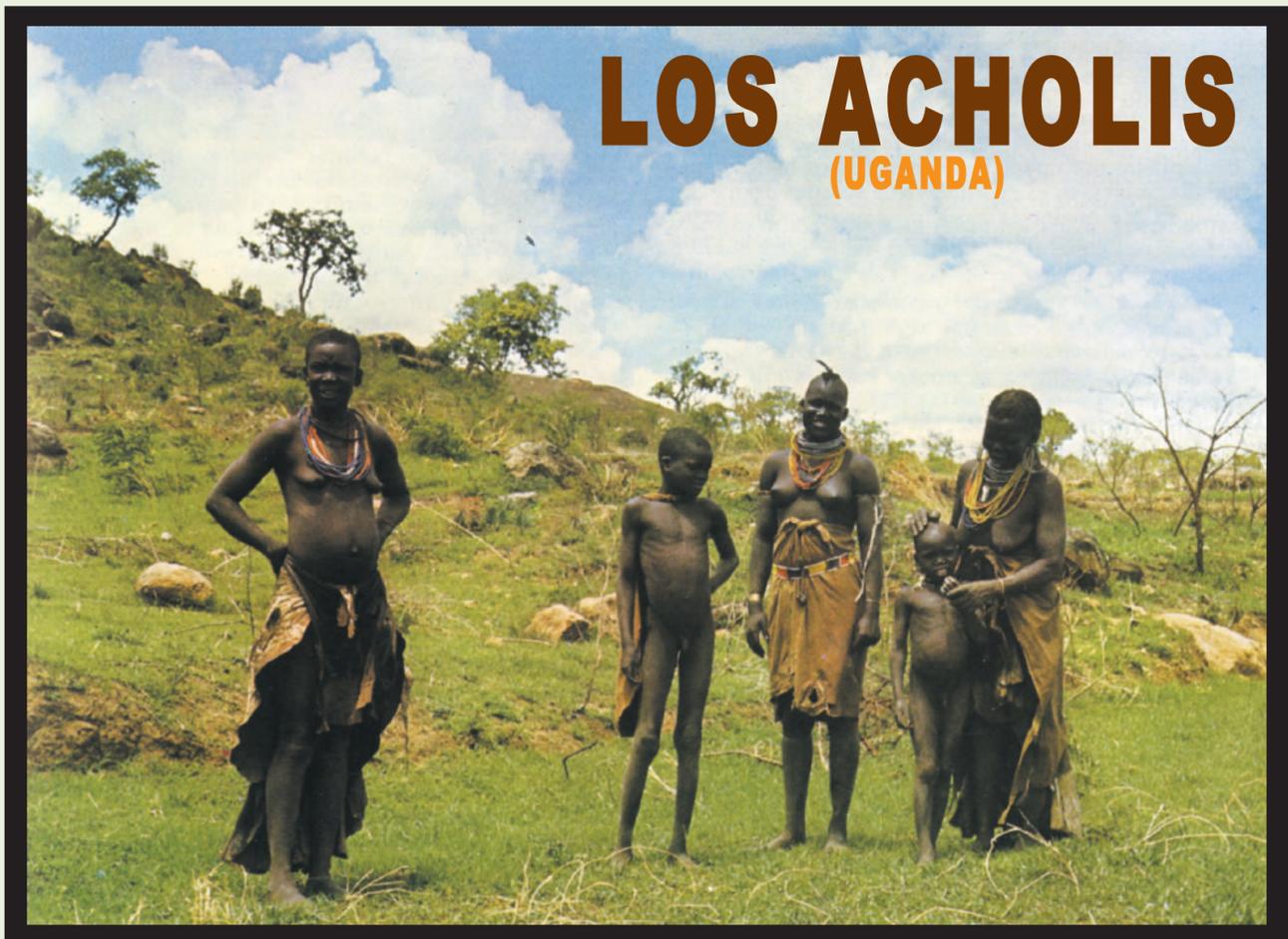
sacaban buen partido de los rescates que pedían por los marineros naufragados, igualando en este negocio los beneficios conseguidos con el comercio. Sólo con la ayuda de Francia consiguió España por fin "pacificar" el interior en 1934. Como todos los nómadas, los saharauis nunca respetaron las fronteras, y, si no hubiera sido por el descubrimiento de los yacimientos de fosfatos más ricos del mundo, su interés por formar un estado propio hubiera sido probablemente mucho menor. Entre las docenas de tribus, la más importante en el norte es la seminómada de los tekna. Se extiende a través de la frontera marroquí, y tanto en el lenguaje como en las costumbres, es la más afín a la de los bereberes. A lo largo de la costa hay una serie de tribus pescadoras, como los irraguen, que pescan en los bajíos con redes hechas de fibra de corteza de árbol, mediante un método que no parece haber cambiado desde que fue descrito por un explorador portugués en el siglo XVI. También emplean delfines: os chiquillos entran en el mar y golpean el agua con palos para imitar el sonido del salto de los mujoles; los delfines acuden trayendo tras de sí a los mujoles, y juegan con los hombres mientras éstos capturan a los peces con sus redes.

Más hacia el interior, a caballo entre la frontera de Mauritania, viven los guerreros ulad delim. Tienen fama de sanguinarios, y constituían el grueso de las secciones nativas del ejército colonial español. Sin embargo, la tribu más numerosa es, con mucho, la de los reguibat. Desde la mitad del siglo XIX en adelante, en parte por la explosión demográfica, por la asimilación de otras tribus y también por la fuerza, llegar a ser el grupo dominante en el Sahara español, expandiéndose por la mayor parte del desierto occidental e introduciéndose en Argelia, Mali y Mauritania. Incluso conquistaron Tinduf -que en la actualidad es la ciudad argelina más cercana a la frontera-, arrebatándosela a una tribu rial, y la conservaron hasta su toma por los franceses. Más que nadie los reguibat fueron el centro de la resistencia tanto contra los españoles como contra los franceses, y produjeron en la persona de Ma el-Ainin el único héroe en su lucha contra los colonizadores. En 1985, Ma el-Ainin fundó la ciudad de Smara, estableciendo un ribat (especie de centro cultural y religioso). La ciudad fue saqueada por los franceses en 1912, y nunca más se reconstruyó verdaderamente; los españoles la convirtieron más tarde en una base para la legión. Incluso ahora, los reguibat forman el núcleo central del movimiento independentista del Polisario. La mayoría de los reguibat, al igual que la mayor parte de los saharauis, son nómadas pastores de camellos. La época de las grandes caravanas comerciales transaharianas, que transportaban oro, sal, esclavos, pieles y alfombras, ya han pasado a la historia. Los camiones y los Landrover han acabado con ellas. Pero la mayoría de los que hoy son ancianos se criaron con leche de camella, que constituía la base alimenticia tanto de los niños como



de los mayores. La unidad básica es la tienda, fabricada con tiras de tejido de pelo de cordeiro, camello o cabra (según la región). Estas tiras miden de cuatro a siete metros de largo y están sostenidas por un único mástil central. Dentro de la tienda, una parte se reserva para las mujeres, que aparecen de vez en cuando para servir leche, agua o facilitar al cabeza de familia lo necesario para hacer té verde: la tetera, la bandeja de latón y un martillo ornamentado que se usa para romper los terrones de azúcar. El té se bebe muy dulce en pequeños vasos, escasamente mayores que las copas de licor, aunque es raro beber más de los tres vasos rituales de una vez. Hay pocos signos visibles del antiguo sistema de castas de guerreros, sacerdotes, pagadores de tributos y esclavos, además de los artesanos y músicos. Pero cuando una tienda se derrumba, son las mujeres -sin velos- y los sirvientes, los que la vuelven a montar. Un poblado de tiendas o friq, está constituido por o general por unas 40 a 60 tiendas, aunque en tiempo de guerra o de necesidad se pueden llegar a juntar hasta 250. Atraídos por los asentamientos europeos de la costa y las minas de Bu Craa, un creciente número de saharauis habían cambiado su vida nómada por la sedentaria. Cuando España se retiró del territorio el proceso se dio la inversa: debido en parte al miedo a los marroquíes, un gran número de saharauis volvió al desierto, y la mayoría de los jóvenes se unió al Frente Polisario. El interés de Marruecos por la zona, aunque apoyado en relaciones históricas, es económico. Argelia también tiene intereses propios: una salida al Atlántico sería muy conveniente para el transporte del mineral de hierro que extrae de las minas cercanas a Tinduf. La diferencia estriba en que Marruecos quiere asegurar sus intereses anexionándose el territorio, mientras que Argelia se conformaría con negociar los suyos mediante tratados con un estado independiente. Si el Sahara occidental consigue la independencia, es posible que grandes contingentes de reguibat, que actualmente están diseminados por varios países, se decidan volver. Pero si Marruecos se sale con la suya, las perspectivas son desoladoras. Ningún país preocupado por sus fronteras desea a los nómadas, sobre los que es muy difícil el ejercicio de un control administrativo. Dada la amargura engendrada por la invasión marroquí, es muy posible que los nómadas saharauis sigan la misma suerte que han corrido los tuaregs más al sur, en Mali, un abandono no culpable que, en tiempos de grave sequía, llega a ser un genocidio deliberado.

LOS ACHOLIS (UGANDA)



Verdes llanuras de suave ondulación, ocasionales, que han mantenido su índice demográfico y su población se distribuye actualmente entre Uganda y Sudán meridional. ca bosquecillos de acacias junto a las corrientes y algunas colinas que prestan cierta variedad a un paisaje en apariencia perfecto para una reserva de caza: he aquí la tradicional imagen del África Oriental, tierra de los safaris. Si muchas veces

Los acholis son un pueblo ugandés tradicional que ha mantenido su índice de crecimiento demográfico y su población se distribuye actualmente entre Uganda y Sudán meridional.

tal descripción desentona con la realidad, no ocurre así con el país de los pintorescos acholis, hasta el punto de que el sudoeste de su provincia se ha dedicado, en gran parte, a la protección de los animales salvajes.

La mosca Tsé-tsé, transmisora de la enfermedad del sueño, infesta las comarcas fluviales del noroeste, limitando en gran medida la expansión territorial de estas gentes. La situación llegó a revestir tal gravedad que el Estado tuvo que trasladar a muchos de sus habitantes a nuevos asentamientos. No obstante, los acholis han mantenido su índice de crecimiento demográfico y su población se distribuye actualmente entre Uganda y Sudán meridional.

La vida del poblado acholi se centra en los llamados "o", especie de men-



tideros públicos provistos de un hogar y varios bancos de madera, donde las gentes discuten los problemas colectivos, montan sus tertulias y se cuentan historias al calor de la lumbre. El poblado se divide en barrios dotados de sus correspondientes "o", agrupándose todos los habitantes emparentados en torno al mismo hogar, donde, aparte de las actividades ya descritas, se instruye a los pequeños en lo relativo a las peculiaridades de su sociedad.

El "o" posee y combina las características del círculo recreativo, el templo parroquial y la taberna de barrio. El principal destinatario de la lealtad de los acholis no es su país, ni siquiera su poblado, sino el "o", que defienden cuando es preciso y al que prestan todo su apoyo para superar a los grupos rivales. Celebran las hazañas de sus compañeros y guardan en el "balacar" o santuario cinegético, las osamentas de las piezas cobradas por sus cazadores. Las pullas dirigidas contra otros grupos están a la orden del día, y se hacen chistes sobre la ineptitud de los cazadores rivales. El espíritu competitivo suele desahogarse en simulacros de combate, que pueden degenerar en graves enfrentamientos si alguien resulta herido por un oponente. Más pacíficos, aunque no menos importantes para el propio prestigio, son los partidos de "undile" -deporte parecido al hockey- que se juegan entre equipos formados por los diversos "o" del poblado.

Sigue predominando el antiguo estilo de vida, pese a ciertas modernizaciones, sin apreciable menoscabo de las creencias religiosas. A semejanza de otros pueblos nilóticos -gentes del Alto Nilo, con las que comparten rasgos físicos e idioma-, creen en un Ser supremo, "Juock". La supervivencia del poblado depende de las rogativas a la divinidad para que no falte la lluvia, si bien cualquier creyente puede dirigirse a su santuario y exponerle -por mediación de una sacerdotisa- sus problemas



personales. Sumiéndose en un trance, estas habilísimas intérpretes de presagios se constituyen en portavoces de "Juock". Las sacerdotisas son casi siempre ancianas, o bien mujeres inadaptadas por una u otra razón, tal vez súbitamente enviudadas e incapaces de ajustarse a su nuevo papel en la sociedad. En cualquier caso, poseen suficiente experiencia y sensibilidad para, una vez transmitida la cuota del creyente a "Juock", facilitar los consejos inspirados en su sensatez y conocimientos. Los hechiceros también se relacionan con el Ser supremo y los espíritus, produciendo pócimas de aceptables resultados en la curación de enfermedades, si bien su fuerte es la psicología. Además de esta creencia en "Juock", los acholis sostienen la persistente relación entre los difuntos y sus familiares vivos.

La relativa pobreza en pastos de su tierra, hace que los acholis -a diferencia de otros pueblos nilóticos- dependan sobre todo de la agricultura, en especial de las batatas y el cacahuete.

Los escasos vacunos resultan muy apreciados, debiendo figurar entre los obsequios del novio a la familia de su futura esposa.

La compañera -o compañeras, si los medios económicos lo permiten- debe elegirse fuera del propio clan, estando obligada a residir en el poblado del marido. Mientras éste construye la vivienda, la recién desposada duerme con él en el "otago" o casa comunal de los solteros, y trabaja exclusivamente para su suegra. Finalizada la construcción, la madre del marido convoca a todas las vecinas y ofrece una fiesta, en cuyo transcurso la novia recibe obsequios consistentes en cacerolas y otros utensilios. Se da así por concluida la etapa inicial del enlace, y a partir de ese día la pareja lleva una vida independiente.

En tiempos de Milton Obote, los acholis, junto con sus vecinos los langos, disfrutaron de una situación favorable, pues desempeñaban un importante papel en el nuevo Estado de Uganda, llegando a destacar en la política nacional, la administración y las fuerzas armadas. El golpe de Estado de 1971, con el derrocamiento del anterior presidente, trajo graves consecuencias para este pueblo: muchos acholis perdieron sus cargos y algunos de ellos pagaron con la vida su lealtad al Gobierno anterior.





Al igual que otros reyes de origen divino, el mukama nyoro tenía importancia como máximo gobernante secular, pero también en el plano ritual. Efectuaba ceremonias especiales, algunas de ellas relativas al ganado, a intervalos regulares y "en bien del país". Como máxima autoridad del reino, su bienestar personal se identifica místicamente con la totalidad del territorio y sus moradores. Era creencia muy extendida que cualquier daño causado al monarca afectaba a toda la nación.

El mukama no tenía derecho a enfermar gravemente ni a debilitarse por la edad; de suceder algo de esto, debía envenenarse o sus esposas estaban obligadas a darle muerte. Se dice que hubo prácticas de sacrificios humanos relacionadas con el ascenso al trono y otras ceremonias, siempre con ánimo de "fortalecer al rey". Los altos funcionarios debían arrodillarse respetuosamente cuando deseaban entregar algo al rey, o si éste hacía además de dárselo.

Como correspondería a la preeminencia absoluta del mukama en un sistema social jerárquico, en Bunyoro las relaciones sociales se caracterizaban por la llamada "premisa de la desigualdad". En casi todas las relaciones, una de las personas se consideraba superior a la otra. Como es lógico, esto era especialmente cierto en el caso de relaciones entre súbditos y caciques de cualquier categoría, entre el rey y los demás habitantes del país o entre nobles y el pueblo llano; pero también se daba mucho en el trato cotidiano entre vecinos y parientes plebeyos.

Los banyoros más viejos recuerdan con nostalgia los tiempos en que el padre "gubernaba" al hijo, el marido a la esposa, el suegro al yerno, y así sucesivamente. Hoy sigue siendo norma de cortesía el tratamiento deferente entre estas y otras categorías de parentesco. Es muy posible que las relaciones interpersonales en Bunyoro fueran tan poco igualitarias como en cualquier otro reino tradicional; sin embargo y a semejanza de algunos países vecinos, el lenguaje de la supremacía y la subordinación es un rasgo cultural sorprendente.

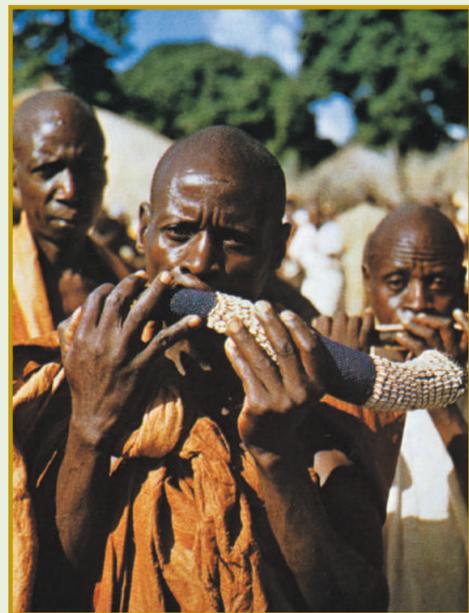
A pesar de ello, los banyoros suelen comparar la cordialidad que preside la vida comunitaria, con el carácter mucho más formal del trato entre el administrado y la administración. Su tradicional interés por el mantenimiento de buenas relaciones locales se concreta en la típica institución de la asamblea comarcal. Los litigios por robo, violencia física, adulterio o irrupción de reses en fincas privadas, pueden plantearse ante los tribunales de justicia, pero, cuando es posible, los más viejos prefieren resolver estas cuestiones en el seno de las comunidades. Para ello se sigue un procedimiento bastante informal, dirigido por un tribunal compuesto por algunos propietarios locales que dictan su veredicto tras escuchar a las partes litigantes y a sus testigos.

Sea cual fuere la decisión, siempre se impone un

LOS BANYROS (UGANDA)



Los Banyoros viven en el noroeste de Uganda. Su país, conocido por Bunyoro, ocupa las fértiles montañas que se extienden al sudeste del lago Mobuto. Hasta no hace mucho tiempo contaban con una poderosa monarquía que, según sus cronistas, tenía por lo menos cinco siglos de existencia.



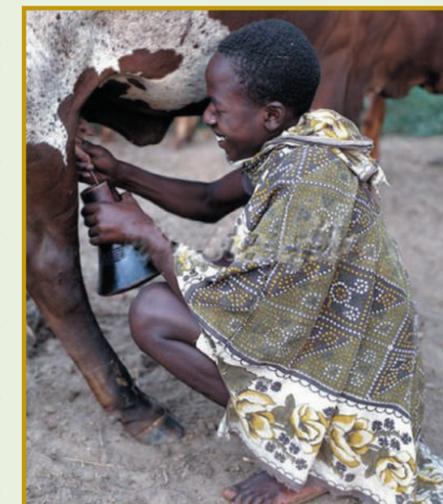
castigo al culpable: al despuntar el día señalado, se le ordena llevar a la casa del demandante gran cantidad de carne y cerveza de plátano. De inmediato se dispone un banquete en el que participan los litigantes, sus vecinos y los miembros del tribunal, que cantan y bailan hasta que se agotan las provisiones. Después se supone que los adversarios habrán tenido tiempo de reconciliarse, y ya nadie mentará la disputa que les enfrentó. Es evidente que el propósito de estos actos no estriba tanto en castigar al infractor como en restablecer la cordialidad entre vecinos. Lejos de ser rechazado por la comunidad, cosa que le ocurriría de verse su caso ante un tribunal, se facilita al culpable la reinserción social.

Claro está que tales procedimientos no siempre dan buen resultado. Con la aparición de una economía monetaria, más el auge de las cosechas comerciales y los trabajos asalariados, los hombres ya no dependen del afecto o la cooperación entre parientes y vecinos. Si lo desean, los infractores de normas comunitarias pueden ignorar impunemente las decisiones de la asamblea comarcal, como ocurre en muchos casos. Sin duda es ésta una señal más de que las estructuras tradicionales se hunden bajo el peso del nuevo sistema económico. Como ocurre entre sus vecinos bagandas del este, la inmensa mayoría de banyoros siguen siendo pequeños agricultores y ganaderos, aunque se observa entre ellos un número creciente de fun-

cionarios, profesionales y comerciantes. Los campesinos residen en caseríos dispersos con preferencia a los poblados compactos, y sus viviendas, rodeadas de sembrados y huertos, suelen erigirse en medio de algún platanar. Sin embargo -y en esto se diferencian de los bagandas-, los banyoros no comen plátanos, sino que prefieren cultivar variedades apropiadas para la producción de una cerveza llamada "nwenge". La cosecha de subsistencia más importante es el mijo, aunque también se cultivan batatas, mandioca y varios tipos de guisantes y habichuelas. El algodón y el tabaco se destinan a la venta.

En tiempos precoloniales los banyoros poseían grandes rebaños de bovinos, pero casi todas sus reses perecieron víctima de las guerras y las epidemias. No obstante, para los banyoros el ganado sigue siendo muy importante: su lengua contiene muchos modismos relativos a los bovinos, y todavía se lamenta la pérdida de los rebaños, incluso por personas cuyos antepasados seguramente no poseyeron si una sola res. Aunque es cierto que casi todos los campesinos cuentan con un pequeño rebaño de cabras u ovejas, aparte de algunas aves de corral, la carne y los huevos raramente aparecen en una dieta que adolece de una deficiencia crónica de proteínas.

El grupo que en Bunyoro exigió la máxima categoría social fue hasta hace poco el clan gobernante de los babitos, cuyos antepasados debieron llegar al país hace unos tres siglos desde las regiones nilóticas del norte. Según parece sucedieron pacíficamente a la dinastía anterior, la de los misteriosos bachwezis, raza de héroes divinos, piel clara y habilidades notables, que tras muchas hazañas desaparecieron del mundo poco antes de imponerse los babitos. El último monarca Bynyoro fue sir Tito Winyi Gafabusa, el cuadragésimo



noveno rey del país y el vigésimo sexto de la dinastía Bito. Falleció en 1971, octogenario y tras sobrevivir cuatro años a su reino.

Con la conquista de Bunyoro, sus dos regiones más importantes y fértiles, pasaron a manos de Buganda, país que se benefició con la decadencia rival. Desde 1900 el truncado reino de Bunyoro se administró durante más de 60 años como parte del Protectorado de Uganda, ejerciendo los dos monarcas de este período una autoridad imitada por la condición colonial del país. Tras suceder a su hermano mayor en 1924. 43 años después, abolidas las cuatro monarquías de Uganda por parte del primer gobierno independiente que presidía Obote, el reino de Bunyoro dejó de existir.

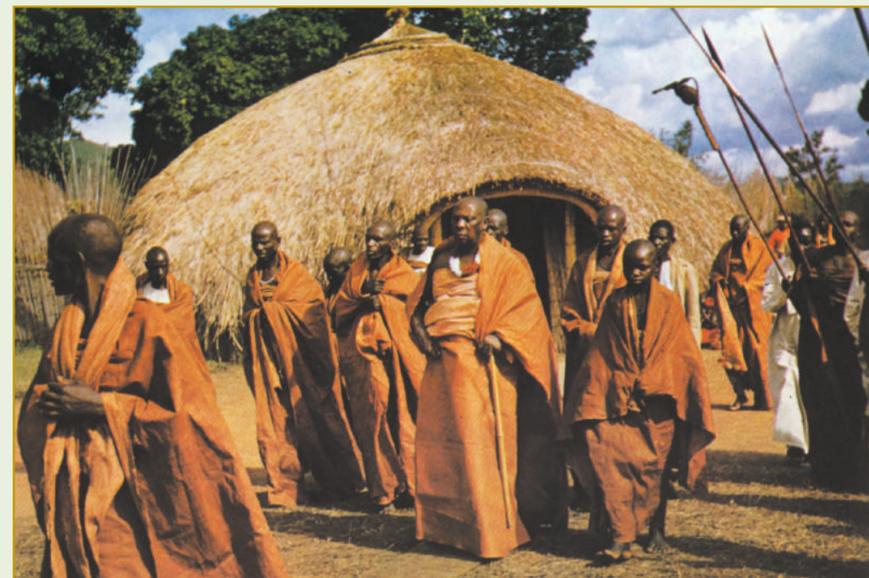
Casi todos los banyoros son cristianos, al menos oficialmente, y sólo algunos profesan el islamismo; en ambos sectores abundan quienes conservan algunas creencias tradicionales. La antigua religión de Bunyoro se asocia con los héroes divinos Chwezis. Además de considerarse señores del viejo reino, algunos de los 19 espíritus chwezis guardan relación con la luna, el Sol, el trueno y el relámpago, la lluvia, los terremotos y otras fuerzas elementales. Según los banyoros, cuando los espíritus chwezis desaparecieron del mundo dejaron

tras de sí un culto mediumístico, cuyos destinatarios son los miembros de este pueblo.

Para determinar las causas de cualquier infortunio -esterilidad, enfermedades, muertes de niños-

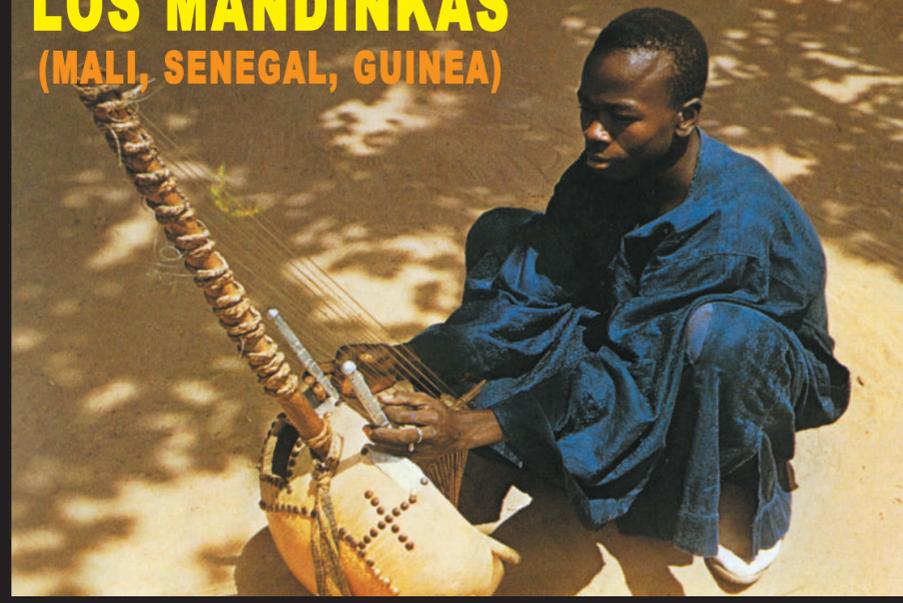
los banyoros recurren a una o varias de sus numerosas técnicas adivinatorias. La más popular consiste en arrojar nueve caparazones de cauri sobre una estera, para que el adivino interprete el significado favorable o desfavorable de los dibujos formados al azar. Aparte de diagnosticar la acción de un espíritu chwezi o de un espectro, hay adivinos que achacan el mal de su consultante a la brujería practicada por algún vecino celoso u ofendido. Mediante el pago de unos honorarios se logra el antídoto apropiado.

Bunyoro no es un caso único entre los países que han experimentado cambios fundamentales en los últimos cien años, aunque su contacto con occidente tal vez haya sido más destructivo que en la mayoría de las naciones africanas. Con más resignación que resentimiento, los banyoros acusan a los europeos de haberles "estropeado el país". Desde el punto de vista de los monárquicos, resulta paradójico que la creciente prosperidad económica, la democratización del reino y la restauración en 1965 de sus "comarcas perdidas", fueran el preludio del desmantelamiento final de su antigua forma de gobierno.





LOS MANDINKAS (MALI, SENEGAL, GUINEA)



La importancia de la lengua y cultura mandinkas ha quedado oscurecida por la creación de numerosas fronteras nacionales, y por la división más grave entre sectores francófonos y anglófonos.

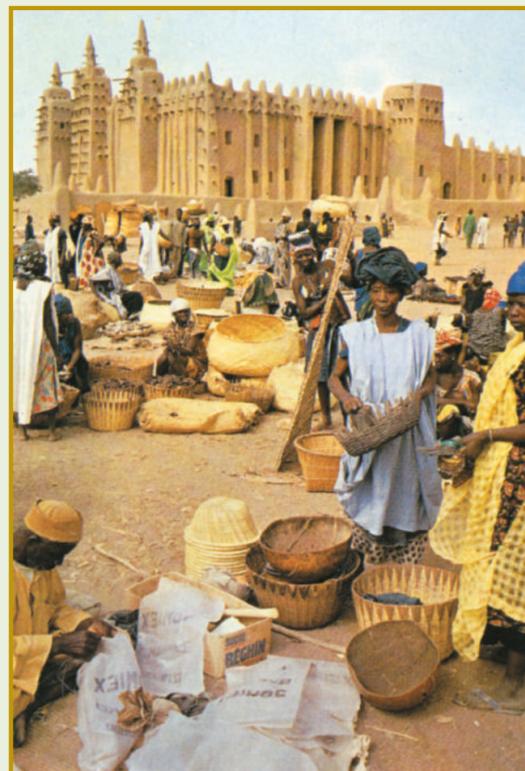
Los mandinkas o malinkés, bambaras y otros pueblos mandingos del África occidental son famosos por su rico legado musical. Sus dyali (bardos) preservan canciones y poemas sobre los héroes populares y las tradiciones musicales del antiguo imperio de Mali. Cada bardo se especializa en algún instrumento, como el complicado kora o arpa-laúd mandingo de 21 cuerdas, el algo más tosco ngonni (laúd de cuatro cuerdas que tañían los bambaras para estimular a sus guerreros) y el bala o marimba de los mandingos. Éstos y otros instrumentos los describió en detalle el escocés Mungo Park, primer explorador europeo que a finales del siglo XVII penetró en el corazón del territorio mandingo. Park quedó maravillado ante el acervo musical de los mandinos y su alto concepto de la hospitalidad. El impacto de aquella cultura se evidencia en el hecho de que cuatro naciones del África occidental han basado sus himnos nacionales en temas extraídos de la música tradicional mandinga.

Los mandinkas y los bambaras son los dos pueblos más importantes de un grupo humano que habla dialectos del mandingo. Estos pueblos constituyen hoy un sector demográfico importante en nueve estados africanos. Se encuentran desde Gambia, en la costa occidental, hasta Alto Volta (al este), y desde las zonas desérticas de Mali hasta los húmedos bosques de Costa de Marfil al sur.

"Malinkés" es una corrupción de "mandingos", nombre tomado de una reducida zona montañosa entre Mali y Guinea, origen histórico de casi todos los pueblos mandingoparlantes. Es la primera patria, antaño riquísima por su fauna y se halla en un punto estratégico de las fértiles riberas del Níger. Sus yacimientos de hierro y oro fueron antiguamente fuente de riqueza para sus pobladores. En la edad Media constituyó el gran imperio de Mali que abarcaba gran parte del África occidental.

Tras su peregrinaje de 1324 a La Meca, mansa Musa, el emperador más famoso de Mali, repartió tanto oro en El Cairo, que la abundancia de este metal amenazó la estabilidad de las cotizaciones. Muchos años después de su muerte, el recuerdo de aquel gran hombre persistía en los mapas de algunos cartógrafos europeos que situaban su reino en el centro de un continente africano todavía rodeado de misterio.

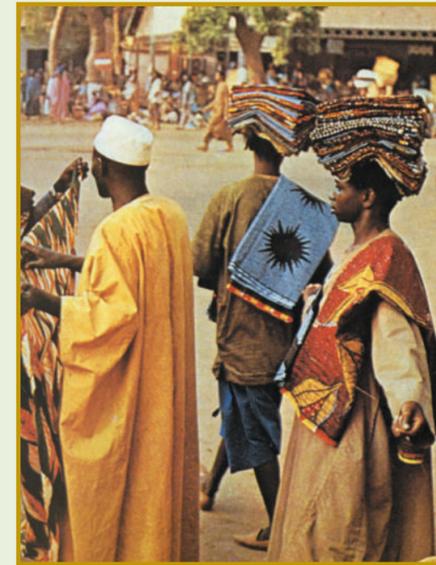
El dirigente más recordado por malinkeses y bambaras, destinatario predilecto de las composiciones de los bardos, es el "rey león" Sundiata, forjador del imperio en los primeros años del siglo XII. Merced a sus conquistas, la lengua, el poderío económico y el compacto sistema social de los mandingos se extendieron en todas direcciones.



Los conceptos de casta o clan resultan inútiles para describir el sistema social mandingo, imposible de comparar con las divisiones actuales de la India. Existe el dyamu o patrilineaje, cuyos miembros comparten un mismo nombre e idénticas prohibiciones, pero también debe contarse con el nyamakala o "grupo artesanal", que comprende patrilineajes o ramificaciones de patrilineajes tradicionalmente relacionados con una actividad económica determinada. El dyamu ha sido un gran elemento integrador del mundo mandingoparlante, por cuanto los individuos de idéntico nombre patrilineal se ayudan entre sí dondequiera que se encuentren.

Los bardos forman un grupo especial. Aunque residan en puntos muy alejados del área lingüística mandinga, de unos 1.500 kilómetros de anchura, conservan su solidaridad ritual reuniéndose cada siete años en la pequeña población de Kangaba (República de Mali), donde realizan una antigua ceremonia secreta. Kangaba, población próxima al Níger superior, se encuentra en el centro del mismo país mandingo. A primera vista parece una típica comunidad rural enclavada en el punto donde las sabanas del norte se funden con las tierras más arboladas del sur. Sus edificios son recintos circundados por muros de tapial, casas cuadrangulares con tejados de plancha acanalada, o bien viviendas más tradicionales, redondas y con techumbre vegetal. Una de estas casitas circulares, de pocos metros de diámetro, acoge a los bardos que cada siete años la convierten en el corazón del mundo mandingo. La techumbre de esta casa singular, llamada kamba-blon o "vestíbulo sacro", la reconstruyen ceremonialmente los músicos y poetas congregados, que, por otra parte, guardan un secreto absoluto sobre su contenido.

Aunque el islamismo sea la principal

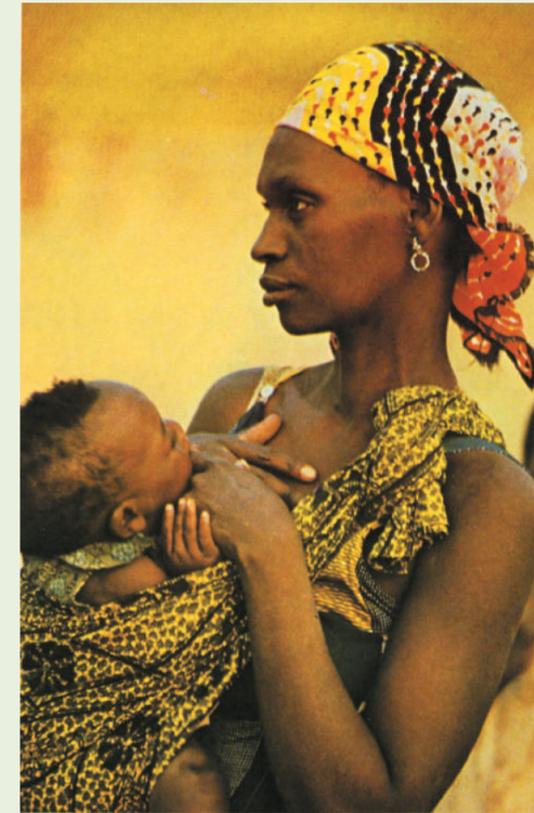


manifestación religiosa en África occidental y también en la región de habla mandinga, los malinkés y bambaras no se distinguen por su ortodoxia. El bardo mandingo coopera con el santón musulmán, por ejemplo en la ceremonia de imposición del nombre a un pequeño, siendo probable que aquél desempeñara alguna misión sacerdotal en tiempos preislámicos. La veneración de los antepasados no ha perdido importancia, y el bardo mantiene los vínculos entre la generación actual y las anteriores.

Los bambaras de la sabana no han sido tan vulnerables a la penetración islámica como los malinkés de zonas más arboladas. Esta particularidad contrasta con la estricta ortodoxia de los fulas, evidenciada en la guerra santa organizada durante el siglo XIX por el reformador al-Hajj Umar contra los bambaras y otros infieles.

La resistencia a la penetración islámica se ha asociado a la supervivencia de admirables tradiciones en el campo de las artes plásticas, caracterizadas por la belleza del tocado de antilope que hacen los bambaras. La figura tallada del antilope, conocido por tyi-wara o "bestia del cultivo", representa al mítico animal que transmitió al hombre los secretos de la producción agraria, siendo posiblemente un reflejo de la época de transición en la que los cazadores mandingos comenzaban a forjar una economía agrícola. Estos tocados tyi-wara, en sus versiones masculina y femenina, los lucían jóvenes de ambos sexos durante los ritos de fertilidad. Estas ceremonias ya no son tan frecuentes como antaño, porque Occidente está completando la obra iniciada por el islamismo en el sentido de socavar una de las civilizaciones más espléndidas de África.

Algunas tradiciones mandingas todavía se conservan entre los dogon malineses. Aunque los dogon hablan una lengua diferente, se cree que descienden por vía masculina de mandingos huidos de su patria para preservar la cultura y la religión preislámicas. Como en el caso de otros pueblos no mandingos de la zona, la talla de madera es misión de los herreros, igualmente encargados del ritual y de las prácticas mágicas que acompañan el uso de las máscaras. Entre éstas aparecen ejemplares representativos de animales humanizados como el león, la hiena y el cocodrilo, siempre relacionados con determinadas sociedades secretas. Una de estas sociedades mandingas es la Ntomo, que se encarga de iniciar a los muchachos para su integración en la comunidad



adulta. No menos importantes, desde el punto de vista artístico, son las estilizadas figuras humanas de la fertilidad que tallan los herreros bambaras. El tratamiento del cuero compete a artesanos especializados. Por su parte, las mujeres tiñen lienzos locales o importados, entre los cuales figuran los batiks y las características "telas de barro" marrones y blancas, utilizadas por los hombres y decoradas con un tipo especial de tierra. Las mujeres mandingas, incluso de los medios rurales más humildes, lucen grandes túnicas y pañuelos de cabeza cuando lo requiere la ocasión, exhibiendo joyas que aparte de su valor artístico, son una reserva para el porvenir.

La tradición mercantil de los mandingos se ha visto estimulada por las novedades de los últimos tiempos. Así, exportan cosechas locales de mijo, arroz, maíz y sorgo, además de manteca vegetal y tejidos, mientras se importa leche, mantequilla producida por los fulanis, más sal y reses obtenidas en el norte.

Como indica el vocablo mandingo dyula (mercader), el pueblo de igual nombre, de origen malinké-bambara, se ha especializado en el comercio a través de muchos países del África occidental, sobre todo en Costa de Marfil y Alto Volta. Los malinkés hablan un dialecto de la lengua mandé, mientras que el de los mercaderes, el dyula, se ha convertido en lengua mercantil de la región.

En la segunda mitad del siglo pasado un mercader dyula, Samori Turé, intentó resucitar el antiguo imperio de mali, que al cabo de tantos años se había convertido en un pequeño país extendido alrededor de Kangaba. Durante varios decenios dominó una región de sabanas y márgenes boscosos, enfrentando a británicos contra franceses, aunque éstos últimos acabaron por expulsarlo de la zona. El presidente guineano Seku Turé utilizó su apellido y parentesco con Samori Turé para atraerse a los nacionalistas en su dura lucha contra el colonialismo francés.

La importancia de la lengua y cultura mandingas ha quedado oscurecida en los últimos años por la creación de numerosas fronteras nacionales, y por la división más grave entre sectores francófonos y anglófonos. Estas diferencias de origen colonial se han sumado a las anteriores, de carácter étnico, en el África de habla mandinga. Aunque malinkés, bambaras y demás grupos hablan la misma lengua y poseen tantas tradiciones comunes, todavía se consideran pueblos distintos.

Aunque parezca extraño, fue en Londres donde se organizó el primer intento por llamar la atención sobre el conjunto cultural mandingo. En 1972 se organizó una conferencia-exposición sobre la civilización mandinga, patrocinada por el presidente senegalés Senghor, descendiente en parte de antepasados mandingos.



Los nambiquaras viven en una altiplanicie que divide dos grandes cuencas hidrográficas de Sudamérica, la del Amazonas y la del Paraná. Esta región recibe el nombre de Territorio de Rondonia por su primer explorador, Cândido Rondón. Es en general un país pobre, de maleza seca y suelos polvorientos, pero hay algunas extensiones de pastos y pueden encontrarse zonas más ricas en los bosques de sus valles fluviales. El nombre de nambiquaras procede de una compleja combinación de palabras tupis que significan "orejas perforadas", pero es del todo inapropiado, porque los nambiquaras no practican esta costumbre. Posiblemente Rondon los confundió con una tribu situada más al norte, cuyos individuos sí usan orejeras. Su lengua no guarda relación con ninguna otra de los indios brasileños. En su duro medio natural, los nambiquaras han aprendido a sobrevivir de manera muy semejante a la de los bosquimanos o los aborígenes australianos. Comen semillas, raíces, gusanos, murciélagos, aves, serpientes, lagartos, arañas y también piezas mayores más corrientes, como venados, tapires y pécaris). Atraviesan peces con sus flechas o los capturan con nasas. Incluso practican algo de agricultura, talando algunos árboles y quemando claros circulares en el bosque, donde producen pequeñas cantidades de maíz, yuca, habichuelas, calabazas, urucú (planta de la que se obtiene un colorante rojo) y tabaco.

Muchas tribus brasileñas se hallan en trance de sustituir sus culturas tradicionales por una imitación de las costumbres europeas, proceso que causa profundas divisiones entre los nambiquaras. Algunos grupos apenas han tenido contacto con los blancos, especialmente los que residen en lo más profundo de las selvas del Guaporé; otros han preferido vivir junto a los colonos en algunas de las carreteras transamazónicas y ya empiezan a confundirse físicamente con ellos.

Los nambiquaras llevan una vida muy sencilla. Hombres y mujeres van desnudos. Las mujeres se depilan todo el vello, pero en cambio se dejan crecer el cabello. Los hombres hacen lo mismo con el vello púbico y facial; tienen bigotes poco poblados que les dan una curiosa apariencia de modernidad. A veces lucen finos bezotes de caña en los labios superior e inferior. El ornamento más característico del varón es una larga pluma de jacú sujeta a una caña con hilo de algodón y decorada con púas de puercoespín o plumas de tucán rojo, conjunto que se introduce horizontalmente por un orificio practicado en el tabique nasal. No se conocen los complejos tocados tan corrientes en otras tribus brasileñas. Por lo demás, su ornamentación es simple y moderada: finos cintu-



LOS NAMBIQUARAS (BRASIL)

Los nambiquaras son un pueblo de la amazonia brasileña cuyos miembros han aprendido a vivir de manera muy semejante a la de los bosquimanos o los aborígenes australianos subsistiendo de la caza, la pesca y la recolección.



rones o brazaletes de algodón provistos de cuentas negras y blancas o de unas pocas plumas; tobilleras y pulseras de cuentas similares, caparzones de molusco y trozos de piel; y gorros de jaguar.

Las tribus vecinas conocen a los nambiquaras por "los que duermen en el suelo". Efectivamente, los nambiquaras no utilizan hamacas ni plataformas, sino que se tumban sobre los rescoldos de sus fogatas o en el terreno arenoso de la altiplanicie. Por la mañana amanecen cubiertos de cenizas pero se bañan con frecuencia porque les encanta nadar en las charcas y corrientes próximas a sus poblados. Sus chozas presentan formas y tamaños diversos, lo cual sugiere que este pueblo nómada ha copiado recientemente la idea de las casas de otras tribus vecinas.

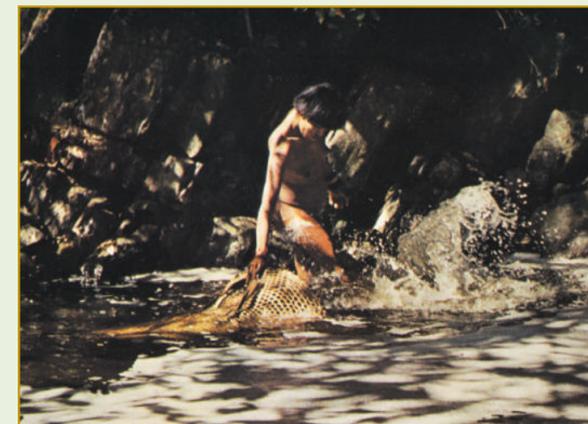
Algunos sectores construyen chozas en forma de colmena, de 6 a 10 metros de diámetro, con ramas sujetas a un armazón de palos curvados. Las construcciones se recubren casi siempre con capas horizontales de hojas de palma. Dentro hay algunos muebles, recipientes hechos con calabazas y siempre gran cantidad de animales domésticos. Los nambiquaras son gentes muy encariñadas con sus animales de compañía, en especial con perros y cachorros, que no por

ello dejan de pasar hambre, pues apenas hay proteínas suficientes para alimentar a las personas.

La religión tribal es una forma rudimentaria del animismo, basada en el temor a espíritus y venenos. Los chamanes o sacerdotes-curanderos utilizan diversas plantas medicinales y practican la curación por la fe, lo cual a menudo exige la extracción del mal que se ha introducido subrepticamente en el cuerpo del enfermo.

Los chamanes ejercen un control espiritual sobre la tribu, aunque es posible que no siempre hayan gozado de esta situación. Se han descubierto cuevas y afloramientos rocosos (en la región del Sarare y del Galera, afluentes del Guaporé superior) con inscripciones y símbolos femeninos -sobre todo representaciones ahorquilladas de los genitales femeninos- que podrían indicar la existencia de una sociedad matriarcal. Los primeros exploradores españoles del río Paraguay ya buscaron hacia 1540 unas "amazonas" a quienes se suponía establecidas cerca del nacimiento de esta corriente; y a comienzos del siglo XVIII los jesuitas escucharon idénticos rumores de la existencia de amazonas en la región.

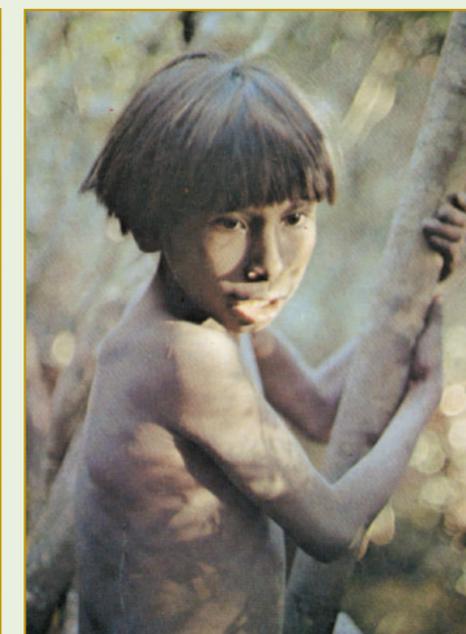
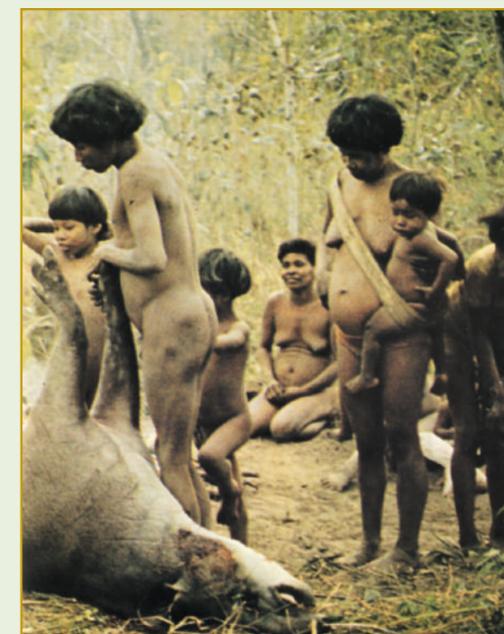
El Funai, organismo federal encargado de las cuestiones indígenas, ha señalado una región extensa como reserva para los nambiquaras. El propósito de las autoridades se concreta en reunir a toda la tribu en esta reserva, aun cuando los recursos alimenticios propios sean demasiado escasos para sostener a los mil o mil quinientos individuos que la componen. Hasta hace poco se han descubierto nuevos grupos en los bosques del Guaporé que se trasladan -a veces en helicóptero- al semidesierto de la reserva mientras sus tierras pasan a manos de colonos y ganaderos. Estos grupos aparecen totalmente aturdidos por la conmoción que supone el contacto súbito con otro mundo y el traslado a un medio extraño. Luego procuran regresar a sus tierras para enterrar a sus muertos en sepulcros ancestrales. Un grupo que intentó el retorno a Guaporé se vio atacado por una epidemia

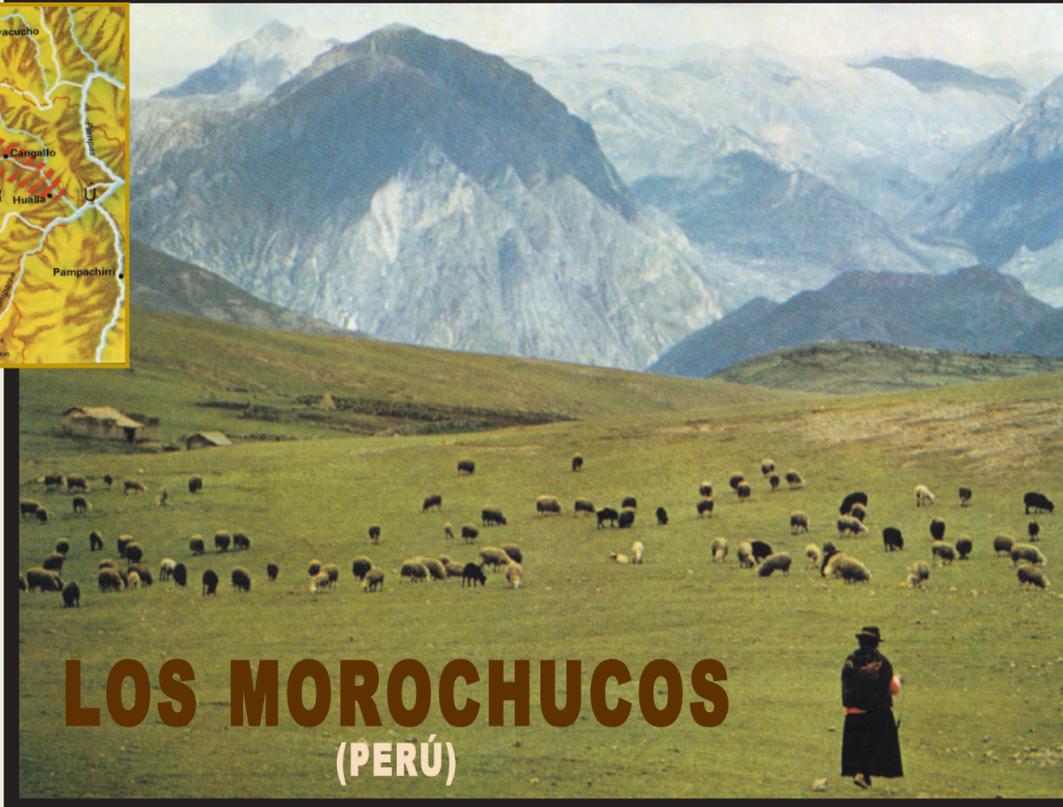


se sarampión, y muchos de sus componentes murieron al borde de la carretera.

La carretera que franquea la Serra dos Parecís, terminada en 1968, ha introducido cambios profundos en la vida de los nambiquaras. Algunos grupos de indios se han establecido en las cercanías de la carretera, junto a los colonos más pobres que reclaman estas tierras con su ocupación ilegal. Se da la paradoja de que al ser un pueblo primitivo, sin una cultura muy desarrollada, los nambiquaras se adaptan mejor que otras tribus más complejas al contacto con el mundo peculiar de una sociedad fronteriza. Pequeños grupos -que pocas veces superan el centenar de personas- establecidos con los colonos toleran el matrimonio con otras gentes y se enorgullecen de que sus

hijos asistan a la escuela con los chiquillos de sus vecinos. Estos grupos de nambiquaras semicivilizados son sumamente pobres. Algunos viven a merced de comerciantes que les suministran géneros y baratijas a cambio de un trabajo excesivo. Los sectores de la tribu establecidos cerca de la carretera no cuentan con ninguna ayuda de organismos religiosos, estatales o médicos. Su transición hacia la sociedad occidental se reduce a vestir camisas baratas y tejanos o faldas de algodón, a fumar cigarrillos liados a mano y a buscar empleos temporales en ranchos cercanos. Sin embargo, no están tan embrutecidos por el alcohol ni tan desesperados como para negarse a traer nuevos seres a su mundo. Por ello, existe la posibilidad de que los nambiquaras sigan subsistiendo durante varias generaciones.





LOS MOROCHUCOS (PERÚ)

Para los montañeses del Perú central los morochucos son una leyenda viviente. A diferencia de la mayoría de peruanos de origen mixto amerindio y español, se cree que los morochucos descienden directamente del puñado de conquistadores que en 1532 tomaron por las armas el gigantesco imperio inca.

Aunque los niños no se distinguen de otros mestizos, muchos varones adultos tienen barba, piel clara y ojos azules. Esta extraña supervivencia parece deberse al aislamiento en las alturas andinas del Perú central, en una zona situada al sur de Ayacucho.

En el departamento de Ayacucho los morochucos tienen fama de bebedores, pendencieros y buenos jinetes. A comienzos del siglo XIX, sus antepasados participaron en muchas batallas contra los realistas; pero en noviembre de 1820 gran número de ellos cayeron en el ataque de Rocafort contra los separatistas en la pampa de Chapasonga. Los realistas persiguieron a los morochucos hasta la independencia, pero finalmente, al crearse la República del Perú, recibieron el homenaje del general San Martín y del libertador Simón Bolívar. Desde entonces han quedado en un olvido casi total para el mundo exterior, llevando una existencia aislada en la llamada Pampa de Cangallo, amplio valle situado a una altitud de 4.300 metros y rodeado de cumbres que alcanza cotas de 5.600 metros.

El gentilicio "morochuco" procede de dos vocablos quechuas: moro (colores) y chuco (sombrero). No cabe duda de que este nombre es muy antiguo, pues los modernos morochucos no presentan una indumentaria tan colorida como la de muchos indios andinos. La prenda de cabeza de los hombres es el acostumbrado sombrero flexible de fieltro, que utilizan casi todos los mestizos de los Andes, sobre un chullo o gorro de punto con orejeras, sujeto por medio de un pañuelo rojo. Los pies se protegen con gruesos calcetines de lana, enfundados en ojotas (especie de sandalias muy toscas). Las mujeres llevan largos

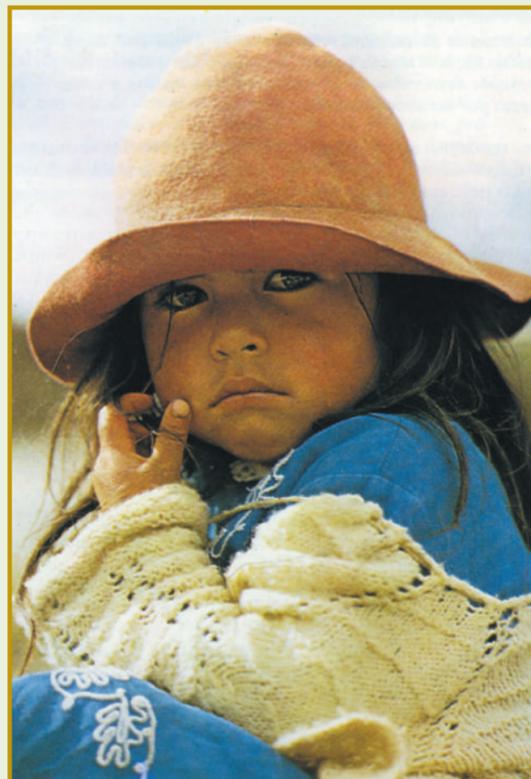
La Pampa peruana de Cangallo, país de los morochucos, es un amplio valle dominado por los picos andinos. Separados del mundo exterior, los morochucos son un pueblo peruano ganadero que vive de la cría de vacas y ovejas.

vestidos de lana tejida a mano y corpiños de satén, más el sombrero de fieltro común a todas las mestizas. Como los indios de los alrededores y los mestizos urbanos, los morochucos hablan el quechua -lengua indígena predominante en el Perú- y el castellano.

Aunque tal vez hayan perdido una parte de su vistosa indumentaria original, los morochucos han retenido la habilidad típica de los conquistadores. Se cree que sus monturas son árabes, traídas de Andalucía. Los morochucos crían caballos para venderlos en Ayacucho, donde las competiciones de estos jinetes son muy populares. Arnéses y bridas se hacen a mano con cuero sin curtir, y los estribos se tallan en bloques compactos de madera, a la manera española. Sólo los hombres usan sillas; las mujeres, amazonas admirables, montan a pelo o utilizan sólo una simple manta.

Los morochucos recorren a caballo las grandes distancias que separan sus hogares de los refugios pampeños donde guardan sus rebaños de vacunos y ovinos. Las casas de sus

Los morochucos son un pueblo mestizo, como puede apreciarse por los rasgos amerindios y europeos de esta niña. Su sombrero de fieltro y el vestido con adornos bordados son prendas típicas de las mestizas andinas.



pueblos son de adobe y tienen techumbres de icho o pajón; pero en los extremos más aislados de la pampa se construyen pequeñas chozas circulares compuestas por un muro bajo de piedra que se recubre con una techumbre cupuliforme de pajón suelto con correas o cuerdas de hierba.

El cocobolo

Los morochucos han conservado un arma extraordinaria, el cocobolo, útil tanto para defensa personal como para cazar animales. El cocobolo consiste en una larga correa de cuero crudo, de uno de cuyos extremos pende una bolsa de piel lastrada con una pieza de plomo o una piedra. Haciendo oscilar este peso del extremo de la correa, el cocobolo se convierte en un instrumento peligroso.

A los jinetes morochucos les gusta demostrar sus habilidades con el cocobolo en corridas y otros festejos o deportes violentos. Como sus antepasados españoles, llevan tras de sí una larga tradición taurina. Aunque sus corridas carecen de la espectacularidad y el brillo de las celebradas en Lima, poseen una brutalidad muy peculiar. Los morochucos corren los toros en días señalados, que lo mismo pueden corresponder a fechas importantes para la antigua religión indígena como a las del calendario taurino.

Las fiestas andinas se acompañan con música y nunca falta en ellas el alcohol, pues los morochucos son grandes bebedores. El público consume grandes cantidades de bebidas muy fuertes mientras observa a



Un tratante de caballos y su esposa hacen un alto en su camino hacia el mercado para desayunar. Los caballos morochucos descienden de ejemplares árabes traídos a estas tierras por conquistadores españoles.

los jinetes, que se enfrentan a los toros armados con sus cocobolos. Los lidiadores deben lanzar una pata del animal y coger la correa para derribar al toro. Otra demostración de valor es un juego llamado "nani", en el cual participan cuatro jinetes que cabalgan en círculo uno tras otro, utilizando los cocobolos para desmontar al vecino si pueden lanzarlo por el pecho o el cuello. El jinete que logra resistir en su silla hasta el final es el ganador.

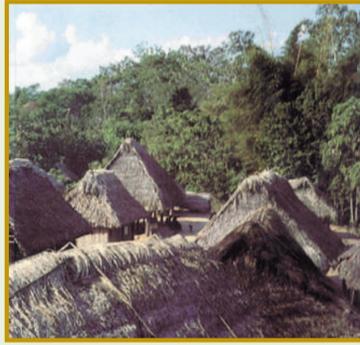
El ruido que acompaña a estos acontecimientos se interrumpe ocasionalmente con las notas poderosas y profundas del "wakra punku", extraño instrumento fabricado con astas de toro. Su sonido recuerda el de los tradicionales "pututus", especie de ocarinas confeccionadas en la época incaica con caparazones traídos del Pacífico, que desaparecieron al interrumpirse las comunicaciones con la costa.

Los hombres presentan rasgos faciales españoles. Muchos se dejan crecer la barba o el bigote, diferenciándose así de la mayoría de indios andinos, que son barbílampifios. En cambio las mujeres suelen tener la piel cobriza y los ojos y cabellos oscuros del autóctono.

Como casi todos los indígenas, estas gentes son muy conservadoras, especialmente en lo relativo a la religión. Los morochucos profesan el catolicismo y observan las tradiciones difundidas en su país por la Iglesia española. Sus pequeños retablos policromos protegidos por puertecillas con bisagras son una forma de expresión artística corriente en la zona de Ayacucho. Con sus diminutas figuras talladas reproducen episodios bíblicos enriquecidos a menudo con aditamentos folclóricos locales.



Los morochucos de ambos sexos gozan de justa fama como jinetes. Las careras de caballos celebradas en la cercana población de Ayacucho atraen a un nutrido público de las zonas circundantes.



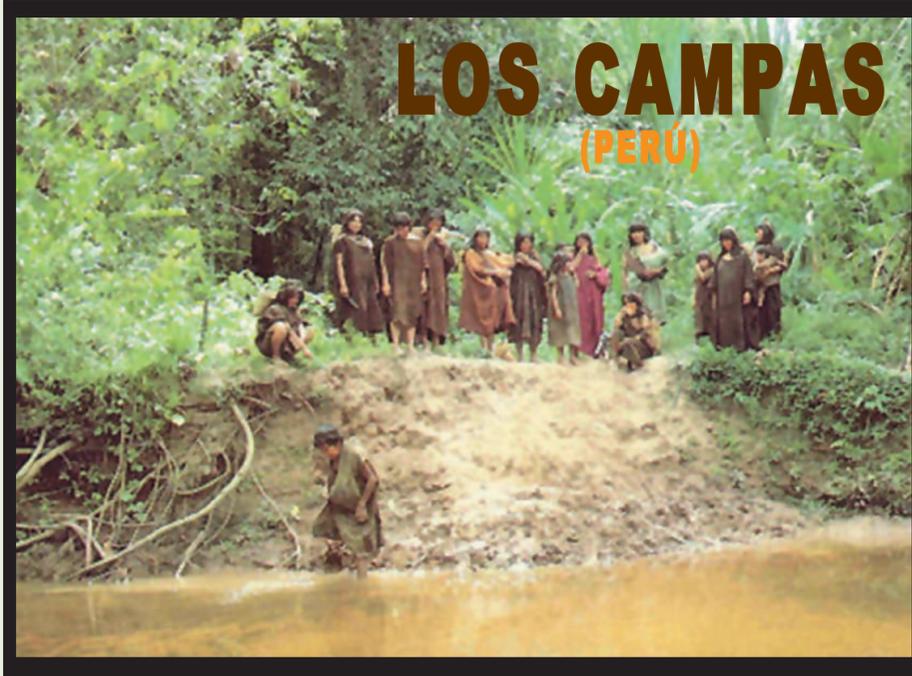
En 1970 tres exploradores que estaban buscando una ciudad perdida en las colinas del Este de los Andes, en el Perú, fueron atacados por una banda de indios. Dos de los exploradores perecieron en la primera andanada de piedras, pero el tercero sólo resultó herido y trató de escapar. Capturado finalmente, fue golpeado con piedras hasta morir. Aquellos indios formaban parte de un grupo conocido como campas, un pueblo refractario a la presencia de extranjeros y que suelen reaccionar violentamente contra ellos.

En 1972 los campas se unieron a Atahualpa, el cabecilla de la rebelión inca contra los españoles. Atacaron a unos misioneros franciscanos que habían establecido varias misiones a lo largo de los ríos que atravesaban su territorio y durante más de cien años controlaron una vasta zona en las estribaciones de los Andes, desafiando así al poderío español. Los agrestes parajes de esta región suponen la barrera más importante para penetrar en su territorio. Las praderas del Gran Pajonal y los extensos bosques de Manú y Vilacamba están protegidos por profundas gargantas de ríos y altas montañas de nieves perpetuas a más de 4.800 metros de altitud. Los campas que viven en los valles más accesibles por donde discurren los ríos han abandonado casi completamente las formas de vida tradicionales y temen a los del Gran Pajonal.

A finales del siglo XIX, los "señores del caucho" llegaron hasta las colinas de los Andes, donde vivían los campas, esclavizaron a gran cantidad de indios y desarrollaron el "sistema del patrón" gracias al cual podían "poseer" centenares de hombres que ya no regresaban a sus hogares. El Gran Pajonal se convirtió durante estos años en un refugio seguro para muchos indios.

La situación del territorio campas, entre los Andes y la cuenca del Amazonas influye en la cultura de este grupo. Como gente de montaña, los campas tienen mucho en común con los indios que habitan los altos Andes, como los quechuas, enclavados en lo que antaño fue el centro del gran imperio inca. Pero su lengua les vincula con el grupo de los amerindios que hablan el aruac y que habitan la selva del Amazonas, esparcidos hasta la costa del Brasil. Los campas que se encuentran diseminados a lo largo de unos 50.000 km² en la Montaña son uno de los pocos grupos supervivientes de la cultura aruac.

El vestido tradicional de los hombres es la cuzma, una especie de túnica en forma de poncho tejida con algodón, coloreada a menudo en rojo con achiote. Algunas mujeres jóvenes visten también cuzmas, sobre todo en los lugares donde hay misioneros, pero generalmente llevan los pechos desnudos y se cubren sólo con una pequeña falda. Actualmente sólo unos pocos campas en pequeñas bandas aisladas, o en grupos familiares lejos de los ríos, conservan sus tradicionales formas de vida. Todos los miembros del grupo eligen un jefe, al que se considera dueño de todo y gobernante de la aldea.



Los campas son un pueblo peruano que se encuentra diseminado a lo largo de unos 50.000 kilómetros cuadrados en la Montaña. Se trata de uno de los pocos grupos supervivientes de la cultura aruac que vive en pequeños poblados de la caza, la pesca y la agricultura.



Las decisiones se toman en común, pero en tiempo de guerra se obedece sin discusión a los jefes guerreros.

Sus casas, sin paredes, están construidas sobre seis postes verticales que sostienen un techo de paja. Una plataforma de tablas ligeramente elásticas en un extremo de la casa proporciona una superficie confortable que durante el día se utiliza como zona de estar y de noche para dormir. A diferencia de la mayoría de los amerindios de la cuenca del Amazonas, que duermen en hamacas, los campas de este rincón de Perú, utilizan esterillas hechas con cortezas o algodón.

En el extremo opuesto de la casa se encuentra el lugar destinado a cocina, con una hoguera formada por tres leños de madera dura que se empujan a medida que van consumiéndose. Pueden verse pequeños animales como ardillas y tortugas desprovistas de sus corazas, asándose al fuego.

Esta planta constituye una parte esencial de su dieta. Debe servirse junto a otros alimentos ricos en proteínas, alternándose en las comidas para que el "espíritu de la yuca no se sienta ofendido".

Los distintos grupos cultivan pequeños campos y jardines en claros de selva roturados. Todos los árboles en esas zonas se dejan a medio cortar, y luego unos cuantos de entre los más altos se abaten simultáneamente, de manera que derriben a los demás en su caída. Después de haber cosechado la yuca, la caña de azúcar, los plátanos, la coca o el barbasco, los campas abandonan el terreno y se van a otro lugar.

Para resistir el frío, el hambre y la fatiga, los campas mastican hojas de coca. Las llevan dentro de la boca y las mastican de vez en cuando; estas hojas tienen un ligero efecto narcótico, y las utilizan todos los pueblos que habitan la Montaña peruana. Los campas asentados en las orillas de los ríos emple-

an el barbasco como veneno para emponzoñar sus arpones, aunque también pescan con anzuelo de puntas de flecha, incluyendo gruesos punzones para la caza de pájaros.

Los campas dedican gran parte de su tiempo y su habilidad a la caza de animales salvajes, que constituyen su principal fuente de proteínas. Antiguamente esta región estaba densamente poblada por jaguares, tapires, jabalíes, venados y monos. Los campas creen que estos animales poseen espíritu y que están controlados por un ser sobrenatural, conocido como el "Señor de los animales", que envía ciertas presas para que sean capturadas por los cazadores. Si una flecha hierre pero no mata, el espíritu del animal herido va a quejarse ante el "Señor de los animales", quien puede decidir no enviar más presas. Así, la caza puede desaparecer. La necesidad de una carne cada vez más escasa hace que, para los campas, sea doblemente importante dar en el blanco a la primera, y ponen gran cuidado en que sus arcos y flechas estén en perfectas condiciones de uso.

Las serpientes y otros animales mayores, como el jaguar y el puma, poseen, según los campas, espíritus malignos y demonios que pueden amenazar su vida y ser origen de enfermedades, malas cosechas, desbordamientos y otros desastres. Sólo el chamán (sheriari) puede neutralizar el poder de los demonios mediante su influencia sobre los espíritus amigos. Las visiones del chamán acerca del mundo sobrenatural están inducidas por una bebida llamada "kayapi", droga alucinógena muy fuerte. Temerosos de las fuerzas sobrenaturales que actúan a su alrededor, los campas son muy susceptibles a contraer enfermedades psicosomáticas, pero gracias a su robusta constitución física se restablecen con facilidad aun sin recibir la visita del chamán.

En la zona comprendida entre los ríos Urubamba y Manu vive un grupo aislado de campas, conocidos como macheyengas, que creen que el hombre fue creado a partir de los árboles balsa por unos seres llamados "tsorinchi" y un cierto número de espíritus malignos que incluían a "los hombres de las montañas", convocados por el demonio Kientibakori. Sin embargo, en los valles donde se han ido estableciendo los misioneros y un número creciente de colonos, plantadores de café y madereros, estos mitos desaparecen.

Algunos de los ritos más complejos de los campas tienen lugar con ocasión de la iniciación de las muchachas -especialmente en el subgrupo de los piro-. La muchacha yace en una cama y se la cubre para evitar que puedan verla incluso sus propios familiares. Después tiene lugar la fiesta ceremonial y la chica es entregada al hombre con quien se tiene que casar.

En estas fiestas la música se realiza con instrumentos muy elementales: hay más carreras y risas que danza propiamente dicha, y se bebe el "masato", una mezcla hecha con yuca mascada. Durante varios días antes de la fiesta, las mujeres aparecen con los rostros deformados por grandes masas de yuca que mastican a carrillos llenos. Después escupen la masa en unos recipientes de madera. Con el calor de la selva se produce una rápida fermentación, y al cabo de 24 horas, se añade agua, formándose un espeso y cremoso líquido blanco.



Pero las fiestas más regulares de los campas son las que se celebran para festejar la vuelta de su "padre", la luna. Durante los días precedentes se preparan grandes cantidades de masato, y cuando la luna llena se eleva sobre el poblado, el "dueño" da una señal para que empiecen los festejos; esta señal puede hacerse con un tambor o con una cáscara de caracol a modo de trompeta. Entonces se congregan todos en el poblado y cantan y bailan durante la noche hasta que se acaba el masato.

La forma de vida tradicional de los campas se adapta perfectamente al difícil medio ambiente de una zona montañosa de Perú. Pero cada uno de los distintos grupos aislados necesita tener libre acceso a una zona muy extensa. Con la fuerte aceleración del proceso de desarrollo económico, sobre todo después de la segunda Guerra Mundial, el territorio de los campas ha recibido un número creciente de intrusos. Las consecuencias de este proceso dificultan el funcionamiento de su sistema económico de supervivencia y alteran sus formas de organización social.





LOS MOTILONES

(COLOMBIA y VENEZUELA)

Los Motilones son un pueblo indígena primitivo que habita en Colombia y Venezuela y que aglutina a dos tribus distintas, la de los baris y la de los yukos.

Para los motilones de Colombia y Venezuela, la llegada de la civilización occidental ha supuesto la pérdida de su cultura, pero también el despojo y la destrucción de sus tierras. Desde antes de la conquista española los motilones han vivido en la sierra de Perijá, macizo montañoso que cuenta con cumbres de hasta 3.300 metros de altitud. Estas montañas forman hoy la frontera entre Venezuela y Colombia, aunque apenas cuentan para los motilones delimitan sus territorios tribales según otras barreras naturales, como las profundas gargantas de los ríos.

"Motilón" es una palabra española que significa "pelón". Sin embargo, hasta 1950 los antropólogos no se dieron cuenta de que este término se estaba aplicando a dos tribus distintas; la de los baris (motilones "salvajés") de habla Chinchá y la de los Yukos (motilones "mansos") de lengua caribe.

Unos 2.000 yukos viven en la sección septentrional, en la serranía de Valledupar, y aproximadamente 800 baris habitan en el sur, en la sierra de los Motilones. Aunque yukos y baris difieren en muchos aspectos -en lengua, vestimenta, vivienda, cerámica-, comparten la misma forma de vida como cazadores y recolectores forestales y agricultores itinerantes.

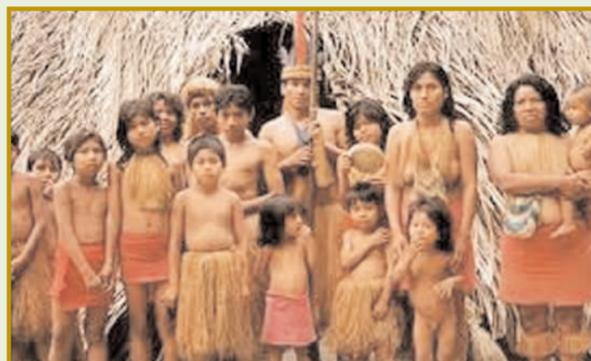
Los yukos ocuparon originalmente las tierras bajas situadas entre la sierra de Perijá y el lago Maracaibo. Hacia 1530 los exploradores Alfíngier y Nicolás Federmann, comisionados por banqueros de Carlos I de España, recorrieron el país en busca del fabuloso El Dorado, asesinando y mutilando a indígenas y destruyendo sus aldeas. Los indios huyeron a las cumbres de la sierra de Perijá hasta que los capuchinos crearon sus misiones en el siglo XVIII. Parece ser que los primeros contactos fueron pacíficos, si bien las relaciones de los motilones con los europeos no tardaron en deteriorarse hasta cortarse por completo en 1821.

En 1910 se fundó una misión católica en la vertiente colombiana de la sierra de Perijá; los europeos habían engañado, estafado y robado con demasiada frecuencia a los indios, quienes desconfiaron de las iniciativas pacíficas de los misioneros. Los campesinos de las inmediaciones tuvieron que replegarse ante repetidos ataques indios, y los buscadores de petróleo que estudiaban las posibilidades de la zona debían cubrir sus vehículos con redes de alambre para protegerse de los mortales dardos de los motilones. Sin embargo, poco a poco los misioneros se ganaron la confianza del sector yuko, que abandonó su anterior hostilidad.

Los resultados inmediatos del primer contacto pacífico fueron varias epidemias de sarampión y gripe que diezmaron a aldeas enteras. Entre tanto, los baris persistieron en sus ataques contra los establecimientos blancos. Los campesinos, incapaces de distin-

guir entre baris y yukos, solían atribuir las culpas a estos últimos y enviaban expediciones punitivas contra ellos. Cuando por fin se cayó en la cuenta de lo ocurrido, los capuchinos organizaron una campaña para atraerse a los baris lanzándoles obsequios desde avionetas. Este esfuerzo tuvo cierto éxito hasta 1963, pero unos cinco años después, las epidemias habían reducido a los baris a la mitad de su población anterior, estimada en más de 1.600 personas. Los yukos son agricultores, pero también destacan como cazadores. La mayor parte de sus actividades cotidianas tienen relación con la búsqueda de alimentos.

Los valles de la montaña son menos fértiles que su antiguo hábitat del llano, si bien la presión ejercida por los colonos colombianos y venezolanos, constantemente dedicados a la localización de nuevas tierras, los ha ido empujando hacia puntos cada vez más altos de la Sierra. La autoridades venezolanas han creado una reserva en la vertiente oriental, con lo cual se ha bloqueado en parte el despojo de tierras indias, y algunos yukos han abandonado sus improvisados refugios de las zonas altas. Los yukos subsisten con una combinación de agricultura itinerante, caza y recolección de especies silvestres. Sus alimentos básicos son la yuca o mandioca dulce y el maíz. Además de ser su comida favorita, el maíz es fundamental en sus mitos y rituales. Antes de derribar los árboles y quemar la maleza para desmontar un terreno cultivable debe plantarse un grano de maíz para comprobar que la tierra está satisfecha. Al talar el primer árbol se derrama sobre su base una cerveza hecha con harina de maíz sin fermentar, para que al caer no hiera a los leñadores.



Aparte de las múltiples variedades de plantas alimenticias, los yukos cultivan también especies medicinales o alucinógenas, como la datura, utilizada en los rituales chamánicos. Incluso sus pinturas corporales se fabrican con tintes vegetales, rojos para el luto y negro para la guerra. Todos los yukos cultivan tabaco, porque tanto hombres como mujeres fuman en pipa.

Los yukos cazan todo tipo de aves, excepto rapaces, que para ellos son sagradas. El cazador se oculta en un escondite construido en la copa de un árbol, atrae a las aves imitando sus reclamos y las derriba con flechas de punta roma. Para atraer a roedores y mamíferos pequeños, el yuko pone a su alcance gran cantidad de alimentos; cuando el animal se encuentra demasiado pesado para correr, lo abate de un flechazo. Las piezas de caza mayor como el tapir, el venado, el oso y el jabalí comienzan a escasear.

A cada animal se le atribuye un espíritu protector. Si un cazador mata demasiados ejemplares de una misma especie, el guardián de ésta adoptará forma humana y le dará muerte. Los yukos nunca cazan cerca de las cuevas donde reposan los restos de sus antepasados, para no despertar las iras de los espíritus maléficos de los muertos. Los cazadores y los pescadores evitan también las charcas y los lagos asociados con los espíritus de la lluvia. Cuando los cazadores tropiezan con un cachorro sin madre, suelen llevárselo a casa para que lo cuiden sus mujeres, quienes tratan a los animales domésticos con mucho cariño y se disputan el honor de amamantarlos, aunque inevitablemente tengan que terminar en la olla.

La selva provee asimismo de caracoles, insectos comestibles y larvas, miel, frutos silvestres y muchas plantas medicinales. Para los yukos, todas las enfermedades tienen origen sobrenatural. Sin embargo, y a diferencia de tantos pueblos forestales sudamericanos, aplican tratamientos completamente herbarios. Cualquier yuko es capaz de nombrar y explicar las aplicaciones de centenares de especies: algunas sirven para curar síntomas físicos, como la fiebre o el dolor de estómago; otras se utilizan para garantizar la buena puntería del cazador o para que consiga muchas piezas; y con otras se



hacen collares que protegen al usuario de los malos espíritus.

Los yukos se dividen en unas 16 subtribus dispersas por la accidentada geografía de la sierra de Perijá.

Los padres acostumbran a concertar el matrimonio de sus hijos con los de sus vecinos del mismo grupo. En ocasiones se producen raptos de mujeres que raramente se adaptan al nuevo hogar. Las bodas constituyen un magnífico pretexto para organizar banquetes, a los que acuden todos los miembros de la subtribu. Sin embargo, la inestabilidad del matrimonio hace fácil el divorcio, pues al marido le basta con abandonar a la esposa. Aunque se permite la poligamia, muy pocos yukos pueden mantener a más de una esposa. La célula familiar suele constar de la pareja y sus hijos. Las casas se construyen aisladas, unidas unas a otras dos o tres, o en pequeñas aldeas de hasta una decena de viviendas.

Los baris de las montañas meridionales son mucho menos conocidos que los yukos. Casi todos los datos obtenidos proceden de los misioneros y antropólogos que los han visitado. De manera mucho más acentuada que los yukos, las vidas de los baris giran en torno al cultivo de sus parcelas forestales. Sus alimentos básicos son la yuca y los plátanos; además cazan, pescan y recolectan frutos silvestres en el bosque. Las mujeres se cubren con un pequeño delantal, y los hombres llevan taparrabos.

Una de las diferencias más sorprendentes entre baris y yukos se observa en sus modelos de poblamiento. De 50 a 200 personas residen juntas en amplias casas comunales, instaladas en plena selva a distancias de dos o tres jornadas. Estas viviendas pueden compartirlas hasta una docena de familias extensas constituidas por un matrimonio, sus hijos y diversos parientes. Cada familia dispone de un hogar en el centro de la casa y un sector delimitado para su uso exclusivo; sus hamacas penden de una cuerda larga que recorre el perímetro de la vivienda.

50 personas parece el tamaño mínimo de una comunidad, pues con este número hay suficientes adultos para desarrollar actividades colectivas como el desmonte para tierras de labranza, la construcción de viviendas y la caza. Muchos grupos disponen de varias casas comunales, ocupan una durante medio año y luego se mudan a la otra. Tras un período de cinco o seis años suele abandonarse la casa y es preciso levantar una nueva. Entonces cambia la composición del grupo residencial, pues algunas familias se mudan de domicilio y su lugar lo ocupan otras recién llegadas.

Desde que en 1963 se estableciera el contacto pacífico con los baris, la influencia del mundo exterior ha tenido efectos destructivos. Los colonos se han apropiado de las tierras bajas, y más de media tribu ha perecido a causa de las epidemias. Los baris empiezan a abandonar las actividades tradicionales como la alfarería, la cestería, el tejido y la confección de hamacas. Después de luchar tanto tiempo y con tanto empeño por proteger sus tierras y sus costumbres, da la sensación de que han hecho la paz, pero también de haber renunciado al deseo de vivir.





Ningún pueblo amerindio viaja tanto como los otavalos, que desde su comarca del Ecuador septentrional recorren gran parte del continente, llegando en ocasiones hasta México y California, siempre en busca de nuevos mercados para sus tejidos. Su espíritu emprendedor les ha convertido en los indios ecuatorianos más prósperos, sin abandonar por ello su cultura tradicional.

Por su característica indumentaria, los otavalos destacan de inmediato entre las muchedumbres urbanas mientras ofrecen sus mercancías en cualquier esquina. Sobre una camisa blanca de algodón y pantalones hasta la rodilla, los hombres usan un poncho gris o azul marino y se tocan con un sombrero de fieltro. Algunas veces calzan sandalias de fabricación casera, pero lo más corriente es que vayan descalzos. Las mujeres visten blusas bordadas y largas faldas negras; cuando hace frío completan su atuendo con ponchos, al igual que los hombres. Se cubren el cabello con un pañuelo y lo peinan en una sola trenza. Sus collares eran antiguamente de oro, pero actualmente son de metal dorado, aunque llevan brazaletes de cuentas de coral. Sus cálidas prendas resultan necesarias en una zona tan fría como los Andes. Aunque el país otavalo se halla en pleno Ecuador terrestre, por encontrarse a altitudes entre los 2.100 y los 3.000 metros cuenta con un clima muy poco afín al tropical.

Los otavalos no han residido siempre en estos lugares; antes de llegar los incas en el siglo XV, el país estuvo ocupado por los caras, grupo de cuya cultura sólo se poseen ligeros conocimientos. De vez en cuando aparecen fragmentos de su producción alfarera, algunos de los cuales reproducen con gran precisión conchas marinas, mientras que otros muestran grotescos rostros humanos y aves. Los caras hicieron frente a los invasores y durante 17 años mantuvieron a raya a las fuerzas del inca Huayna Capac. No obstante, acabaron por perder sus reductos del lago Taucotchi, cuyas aguas que-



LOS OTAVALOS (ECUADOR)

Los Otavalos son un pueblo ecuatoriano que vive del comercio de los tejidos que ellos mismos confeccionan. El mercado satisface además una necesidad social, por contribuir al contacto personal entre individuos de distintas comunidades.



daron pintadas en sangre. Para ocupar el lugar de los rebeldes caras, los incas trajeron a un pueblo sometido que vivía en las orillas del lago Titicaca, a unos 2.000 kilómetros al sur. Su nombre, "otavalos", seguramente procede de uta-uala, que en la lengua aimará de los indios del Titicaca significa "la casa de la vega". Pero los otavalos adoptaron el quechua, idioma de los incas, y también absorbieron otros muchos aspectos culturales de sus dominadores. Como súbditos leales, eran el grupo más idóneo para poblar y defender los límites septentrionales del Imperio. Tanto llegaron a identificarse con sus señores, que incluso comenzaron a aplicarse el gentilicio de incas, y hoy se enorgullecen de unos antepasados unidos al esplendor de aquel imperio.

Junto a los picos volcánicos de los Andes, a menudo ocultos por las nubes, las laderas que circundan la población de Otavalo aparecen salpicadas de pueblecitos y fincas pequeñas. En muchas casas se crían cerdos, gallinas, patos, cabras y ovejas, estas últimas para aprovechar su lana, materia prima de los tejedores. A veces se utiliza un par de bueyes para la labranza, y algunas familias poseen una vaca lechera. Durante el día son los niños quienes cuidan del ganado, que de noche se recoge en apriscos próximos a las casas.

Las viviendas de los otavalos son de adobe, tienen una sola planta y se protegen con techumbres de paja; al caer la noche se cierran los postigos de las ventanas sin cristales. Como no hay chi-



menea, el humo de la cocina sólo puede salir muy lentamente a través de la techumbre. Únicamente las aldeas inmediatas a la ciudad de Otavalo cuentan con suministro eléctrico; en cuanto al agua, son las mujeres quienes deben acarrearla desde algún riachuelo próximo.

El hogar del tejedor es asimismo su taller, pues suele instalar el telar en algún pasillo dotado de buena luz natural. Las mujeres y los niños colaboran en lo posible, cardando e hilando la lana y formando ovillos. La producción de tejidos absorbe casi por completo el tiempo disponible, aunque la semana laboral finaliza siempre con la obligada visita al mercado de los sábados en Otavalo.

Este activo mercado ocupa las cinco plazas del centro de la población. En el sector dedicado a productos textiles venden los indios sus mantas, ponchos y otros géneros de confección propia, además de sombreros de paja, cerámica y artículos de cobre.

El mercado satisface asimismo una necesidad social, por contribuir al contacto personal entre individuos de distintas comunidades. Gran parte de los hombres y muchas mujeres hacen el viaje semanal desde las fincas y aldeas del entorno. En cuanto terminan las operaciones de compraventa, los hombres se retiran a las tabernas para tomar unas copas de guarapo, bebida fermentada a partir del jugo de la caña de azúcar. La bebida tiene su importancia en las numerosas fiestas del año. Otro elemento imprescindible es la música, pues el sonido de flautas, guitarras y tambores acompaña a los bailarines enmascarados en sus evoluciones por las calles de la población, deteniéndose de ven en cuando para echar un trago de la chicha (maíz fermentado en agua azucarada) que les ofrecen los vecinos. Tampoco pueden olvidarse los banquetes a base de cobayas, roedores domésticos que circulan libremente por las casas, nutriéndose de restos de comida.

Pese a su catolicismo oficial, las fiestas religiosas de los otavalos tienen muchos elementos incaicos. El día de San Juan es el acontecimiento más



destacado del calendario religioso, por coincidir con la ceremonia incaica de Intiraimi, que señala el día más breve del invierno y el retorno del sol. Lo más destacado de esta festividad es que se disputan el dominio de la iglesia de San Juan.

Los "combatientes" asisten a una misa celebrada ante las puertas del templo, para luego beber y bailar mientras se lanzan insultos y va en aumento la tensión. En cuanto se ausentan las fuerzas de policía y desaparece su influjo tranquilizador, comienza una verdadera batalla: vuelan las

pedras o se reparten puñetazos hasta que un bando se apodera de la plaza del templo.

Otra festividad de fuerte sabor incaico es la de las Corazas o los Coraceros, organizada en honor de San Luis Obispo, patrón de Otavalo. Los coraceros son ocho jinetes ataviados a la manera de los emperadores y generales incas. En su séquito figuran algunos peones, entre ellos un "loador" y dos yumbos o indios blanqueados. Las celebraciones duran hasta tres días y constan de una misa, una exhibición de fuegos artificiales y, naturalmente, muchas libaciones y comidas. Todo ello culmina con una serie de espectaculares persecuciones a caballo por el centro de la población, durante las cuales el loador y los indios yumbos han de dar caza a sus respectivos coraceros. Lanzando sus monturas a todo galope, los coraceros no deben acobardarse mientras sus perseguidores tratan de atraparles arrojándoles candelas.

La mezcla de ritos católicos e incaicos, evidente en estos festejos, es una prueba más de que los otavalos han adoptado ciertos aspectos de la cultura dominante sin renunciar a su identidad. Muchos indios ecuatorianos han renunciado a su legado tribal, a menudo tras abandonar sus aldeas para buscar trabajo en Quito, Guayaquil y otras ciudades. Sin embargo, aunque numerosos otavalos recorren grandes distancias para vender sus géneros, siguen fieles a sus costumbres y tan apegados como siempre a su patria.

Numerosos grupos de pueblos bereberes están establecidos por toda África septentrional (Marruecos, Mauritania, Mali, Níger, Túnez, Libia y Egipto). En general, los bereberes ocupan regiones bastante diferentes entre sí: desde las costas del Mediterráneo y del golfo de Suez hasta las montañas del Atlas marroquí, pasando por las llanuras desérticas del Sahara, el reino de los tuareg.

Los distintos grupos presentan características físicas diferentes según la mayor o menor influencia árabe (ésta se puede apreciar en Egipto, y resulta cada vez de menor relieve a medida que se avanza hacia el oeste), pero los unen numerosas afinidades culturales y, en primer lugar, la lengua, el bereber, que representa el sustrato lingüístico anterior al árabe de todo el norte de África. La lengua bereber, arabizada entre los siglos XI y XIII, contiene también expresiones procedentes de las lenguas vecinas.

Desde Herodoto, que redactó los primeros apuntes sobre los bereberes, sabemos que este pueblo ha recibido la influencia de los fenicios, cartagineses, griegos, romanos, bizantinos y árabes, pero su origen geográfico permanece confuso. De cualquier manera, se considera un pueblo autóctono del norte de África. Algunos estudiosos han visto también un matriz bereber en los guanches, pueblo canario hoy extinto. A pesar de las múltiples invasiones y de la arabización de su cultura, los bereberes han mantenido trazos culturales específicos que se pueden ver en su estilo de vida, en la tipología de sus construcciones y en las ceremonias rituales.

Los grupos bereberes, hoy en día sedentarios, practican la agricultura y la complementan con la cría transhumante de ganado bovino, ovino, mular y caballar, y de dromedarios, pero son muy escasos los pastores nómadas. Los jefes espirituales, o "fqiq", celebran las ceremonias asociadas a los ritos de la agricultura y el pastoreo, funciones litúrgicas que incluyen la invocación de la lluvia.

Los pueblos estables están constituidos por las típicas casas mediterráneas con terraza y, en general, están fortificados con torres y muros de piedra o de adobe.

En la cultura árabe-bereber, la unidad de base de la sociedad está representada por amplias familias patriarcales. Con el matrimonio, celebrado según el rito islámico, las mujeres pasan a formar parte de la familia del marido. El adulterio femenino es considerado un grave crimen y una ofensa para el consorte; en el caso de que sea acusada, la esposa es repudiada y deberá volver con su familia de origen. Las amplias familias que están emparentadas entre sí, mediante una estirpe común, se reconocen como "kharruba", y forman una especie de clan. Los pueblos habitados por diversos clanes, se asocian a una organización tribal "cabila" guiada por un jefe "caid", elegido según su valor e inteligencia. La autoridad del "caid" está todavía controlada por el consejo de ancianos y por la asamblea de los hombres sabios "djemma", encargada de realizar las gestiones de administración del pueblo, de la transmisión oral de las costumbres tribales y de la reglamentación e los conflictos y venganzas.

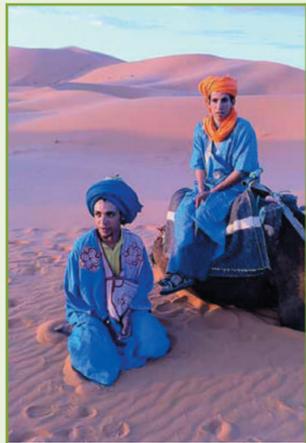
Cuando se producen casos de homicidio, la familia del agresor debe pagar un "precio de sangre" (constituido por bienes, ganado o prestacio-



BEREBERES
(ÁFRICA SEPTENTRIONAL)



nes de trabajo) a los parientes de la persona asesinada, en una especie de compensación por la pérdida del allegado. Si el pago no llega a realizarse, se hace inevitable la venganza familiar, que legado el caso, se dará por finalizada cuando las dos partes consigan llegar a un acuerdo. Es destacable la producción artesanal de alfombras de lana, realizadas por las mujeres bajo el control de los hombres, de telas, de vajillas decoradas con motivos geométricos y de collares de bronce y plata finamente labrados.



**LA ENERGÍA QUE NOS MUEVE, NUEVOS
COMBUSTIBLES CON CERO EMISIONES**



Ezagutu Ekoetxeak

Ekoetxeetan Euskadiko natura-
aberastasuna ezagutzeko eta gozatzeko
aukera duzu. Hamaika esperientzia
ahaztezin dituzu zain.

Barneratu Euskadiko naturan!

Conoce la red Ekoetxea

En los centros Ekoetxea podrás descubrir
y disfrutar la riqueza natural de Euskadi.
Innumerables experiencias te están
esperando.

¡Sumérgete en la naturaleza de Euskadi!

www.ingurumena.eus
www.ekoetxea.eus



CAMINOS DE PEREGRINACIÓN

TE PROPONEMOS TRES RUTAS
QUE, ADEMÁS DE LLEVARTE POR
LOS RINCONES MÁS BELLOS DE
EUSKADI, DEJARÁN POSO
EN TU INTERIOR.

EL CAMINO DE SANTIAGO POR LA COSTA

DESCUBRE LO MEJOR DEL LITORAL
VASCO A TRAVÉS DE UNA RUTA
ANCESTRAL.

EL CAMINO IGNACIANO

RECREA EL VIAJE QUE REALIZÓ
IGNACIO DE LOIOLA EN EL AÑO 1552
DESDE SU LOCALIDAD NATAL.

EL CAMINO DE SANTIAGO POR EL INTERIOR

CONOCE EN SIETE DÍAS TODA LA
VARIEDAD PAISAJÍSTICA Y CULTURAL
DE EUSKADI.

PLANIFICA TU RUTA ENTRANDO EN:
www.euskaditurismo.eus

EUSKADI
BASQUE COUNTRY





Udaberria Bilbon Primavera en Bilbao



#BilbaoUdaberria2021 

AISIALDI ETA
KULTURA GARAIA
TIEMPO DE OCIO
Y CULTURA



  PROGRAMAZIOA
  www.bilbaokultura.eus